

*BIBLIOTECA NACIONAL*

*Marcelo Segall*

Biografía de la Ficha Salario

*EDICIONES DE LA REVISTA*

**MAPOCHO**

*Organo de la Extensión Cultural*

Tomo II, N.º 2 de 1964

# Marcelo Segall: Biografía Social de la Ficha Salario

Introducción

MILES son las maneras de seguir el trayecto de la civilización. Cada una, responde a un espíritu dado de interpretación. Y como la realidad es tan variada, que sus partes parecen innumerables, las interpretaciones históricas lo son igualmente. Cada una —todas— sirven para efectuar un esquema del pasado.

Sin embargo, es importante dilucidar ¿Cuáles son las profundas? ¿Cuáles cogen las causas motrices? ¿Cuáles penetran en las raíces de la sociedad?

En los futuros museos históricos, ya imaginables, la reconstrucción del ayer deberá exhibir el sentido real, vívido, que tuvo. Ser tanto una síntesis de la pasada totalidad, como la exhibición de los móviles básicos que la permitieron y sustentaron.

La totalidad histórica es la vida misma del hombre. Es la estructura dinámica y unida de la sociedad. Envuelve la acción, los hechos, el medio y los móviles. Pero, para que la totalidad —unidad integral— sea comprendida es necesario encontrarle las causas básicas. ¿Y qué más hondo y a la vez gráfico para la época moderna, que la medida del valor de la acción humana? El móvil, la potencia más creadora en una sociedad capitalista, es la búsqueda del sustento y de su medio: el dinero. Y no sólo del capitalismo. También en otros estilos dialécticos de colectividad.

En los museos científicos que mañana presenten el transcurrir de hoy —la historia sería es ciencia— habrá tanto el documento como el testimonio literario; la estadística como la moneda. No sólo serán el museo imaginario pero estético, propiciado por Malraux, sino mucho más todavía: el panorama de la actividad creadora y de su trasfondo. El concepto unitario, científico, dialéctico, de totalidad histórica encierra la actividad, las causas, los móviles y las luchas del hombre.

La historia, el museo integral del futuro, mostrará tanto los instrumentos de trabajo como el desarrollo de las costumbres; las causas del trabajo como las categorías sociales, políticas y militares. En este sentido, tanto la numismática como la literatura son ciencias auxiliares indispensables para una comprensión integral de la Historia. Tanto la numismática como la literatura, van señalando etapa por etapa, el curso, la evolución, de la sociedad civilizada. Una, señala el cimiento, el móvil. La otra, el engarze humano de todo proceso histórico.

La moneda, la medalla, el metal en sí mismo es sólo eso. El disco de oro de mayor belleza en su diseño, es sólo metal para la Naturaleza. Es el hombre quien le da un valor. Crea el concepto de valor. Y se enajena a él.

Nuestro caso, Chile, puede servir de modelo. En la época prehispanica, la extracción aurífera se hizo en función primitiva. Era un metal para elaborar determinados objetos y, en el mayor de los casos, un ornamento ritual en homenaje al sol. En cambio, en el siglo XVI, en la Conquista, adquirió valor de cambio. La Conquista se puede sintetizar por las obleas y los pesos castellanos. Sus monedas de oro, nos

entregan un concepto definido de su raíz, de su causa económica. El aliciente de las jornadas de Almagro y de Valdivia fue reunir valores mensurables, mercantiles. Por esta ruta, nos introducimos en relaciones sociales determinadas. Dicho de otro modo: la Mita y la Encomienda dieron valores metálicos a los conquistadores. Esto que es válido para la época española inicial, también rige en la República, aunque de muy distinta manera. Mientras en la Conquista, el trabajo era forzado y sólo rendía dinero para los conquistadores; en la República, la labor se caracteriza en que todos los habitantes activos de Chile van en busca de un valor de cambio, capaz de sustentarlos. Pero, en ambos casos, el origen de toda moneda es el trabajo humano.

Con razón absoluta, don José Toribio Medina dedicó largos viajes y extensas monografías a la Numismática. Investigó y logró reunir colecciones con persistente dedicación. Incluso ganó amistades y se dice que perdió otras, en su afán. Tan preciso instrumento de investigación para conocer la Colonia es su índice de la Inquisición como su lista de monedas. Si su *Historia del Tribunal del Santo Oficio* es el mejor testimonio del espíritu de la Monarquía Católica, sus trabajos sobre las monedas son las mejores pruebas del sentido de la Conquista, de la Colonia y de la República: la empresa mercantil.

Por desgracia, la gigantesca labor que se impuso el gran americanista, le impidió darle al Presente, la misma contribución que reunió para el Pasado. Su muerte detuvo sus investigaciones. Dejó un guía numismático casi perfecto, pero sólo de las hijas legales de la economía chilena. Las ilegítimas son una rama genealógica que dejó sin descripción. Sólo pudo mencionar de paso las fichas-salarios. Aunque no olvidó criticar su uso. Y son muy importantes: representan la fase básica de la vida chilena durante un siglo. Fueron los jornales de las mayores actividades productivas\*.

La ficha-salario

Reverdecer, actualizar históricamente, las fichas-salarios exige casi una revisión integral del curso de la República de Chile. Los primeros datos se remontan a la segunda mitad del siglo XVIII y su desaparición definitiva responde a los cambios sociales de la década de 1920.

Los representantes criollos de la Ilustración se preocuparon de la escasez de moneda divisionaria. Era la fuente de abusos constantes con la masa popular. La obligaban a recibir vales o señas canjeables sólo en determinados almacenes o depósitos. Hasta un límite dado, estos vales o señas son un antecedente de la ficha-salario. El iluso proyecto de *Constitución* elaborado por los precursores de la Independencia, mal llamados los 3 *Antonios*, contiene un artículo que indica la emisión de moneda. José de la Cos Iriberry, Anselmo de la Cruz, Miguel de Lastarria, Manuel de Salas y Juan Egaña parecen interesarse en el problema, pues en sus *Memorias* y *Representaciones* dejan implícita la necesidad de dinero ínfimo.

Sin embargo, la primera mención crítica del sistema monetario vale o seña canjeable obligada, pertenece a la escritora María Graham. La amiga de Lord Cochrane, da entender que el "uso de vales por tres centavos, sólo pagaderos o, más bien, canjeables por artículos de sus tiendas (negocios de Rodríguez Aldea y Antonio

\*Medina describió las monedas legales, las provisorias y las obsidionales. En cuanto a las medallas, sólo las gubernativas y de gran conmemoración. Está pendiente describir las populares: gremiales, políticas e históricas.

Arcos) causa graves e injustos daños<sup>1</sup>". "A la vez que retardará la civilización del país, le robará sus entradas, pues hará que el pueblo vuelva a su antiguo hábito de no usar más telas que las de sus propios telares, quitando, por consiguiente, brazos y tiempo a la agricultura, disminuyendo los artículos de consumo y estancando la población en tanto que, al dificultar el uso de telas extranjeras, reducirá notablemente los derechos de importación<sup>2</sup>". Las noticias de María Graham, como las de los otros autores citados, se refieren más bien a la escasez de dinero divisionario que a la compra obligada; pero, en todo caso, constituyen un antecedente, una etapa previa a la forma específica de la ficha-salario.

Alrededor de 1825, Inglaterra se convirtió en el gran consumidor de metales chilenos. Se establecieron firmas compradoras de cobre y de plata en todo el litoral, comprendido entre Caldera y Valparaíso. Además, efectuaron inversiones directas. Diversas casas inglesas, adquirieron gran número de yacimientos. La mayor parte de los viajeros británicos —Hall, Caldecleugh, Lambert, Haig, Head, etc.— eran agentes compradores de minerales. Grandes economistas, desde David Ricardo —un economista clásico— hasta Karl Marx, han descrito con lujo de datos las especulaciones mineras en Sudamérica y la euforia de la Bolsa de Londres.

Es en esos mismos años, cuando la ficha-salario específica, o moneda privada para adquirir mercancías en el almacén del propietario de la faena, comenzó a ser utilizada en escala masiva. Tanto Chañarcillo como las diferentes minas de la "Copiapó Mining Company" emitieron vales, fichas y señas sólo convertibles en mercaderías en sus almacenes. Otro tanto, hizo la firma "García Huidobro", propietaria de minas y fundiciones en Catemu y Putaendo.

Más adelante, en el Huasco, una casa financiadora de mineros, "Walker Hermanos", emitió billetes de circulación general. Los prestamistas habilitadores de minas, rivales de esa firma inglesa, vieron en ella un peligro. Hasta entonces, habían habilitado a los propietarios de yacimientos cobrando un interés que nunca bajaba del cincuenta por ciento del valor de la extracción. En cambio, "Walker Hermanos" descubrió la manera de reducirlo, sin perder nada de la utilidad acostumbrada. Con sus billetes de compra general, facilitaban créditos a un interés menor. Pero, recuperaban la diferencia vendiendo a las "pulperías" (almacenes de las faenas), a buen precio, los artículos de consumo indispensables para los trabajadores. Este procedimiento desplazó momentáneamente a los prestamistas-habilitadores habituales. Los Walker llegaron a monopolizar el crédito minero. Y obtenían una utilidad extra, proveniente de la "peonada".

Los prestamistas "perjudicados" recurrieron, entonces, a su influencia en el gobierno. Consiguieron que el Ministro de Hacienda dictara un decreto prohibiendo la emisión de billetes de bancos particulares, para el pago de jornales. Con fecha 3 de noviembre de 1839, el decreto indicaba en su artículo 39: "Que en el cambio de estos billetes se han introducido prácticas que perjudican notablemente a la clase consumidora". La presión de los prestamistas de Valparaíso y Santiago contra las emisiones y bancos privados tiene su forma más notoria en el asunto del "Banco de Arcos". El viejo banquero, antiguo socio de Rodríguez Aldea y de Rosa O'Higgins, descubrió la forma de obtener un gran número de clientes, reduciendo el interés y monopolizando el crédito. Sus competidores —los prestamistas

<sup>1</sup>María Graham, *Diario de mi Residencia en Chile en 1832*, p. 175 de la Ed. del Pacífico, Santiago, Chile, 1956. Lamentablemente la edición utilizada es trunca. Un uso científico del testimonio María Graham exige la edición original o, en todo caso, la publicada por el traductor José Valenzuela en 1902 y 1909.

<sup>2</sup>Idem.

habituales— recogieron el guante. Lo atacaron por todos los ángulos. Hasta lograr que cerrara su establecimiento.

Usaron los argumentos más espaciosos. “La circulación de esas letras y billetes eroga mientras tanto al comercio verdaderos perjuicios y los amenaza con mayores para lo sucesivo”<sup>3</sup>. Firmaron esta protesta, los siguientes prestamistas: Mariano de Ariztía, Diego Antonio Barros, Enrique Ward, Jerónimo Urmeneta, Manuel Riesco, Nicolás Albano y Agustín Millar.

Fue derrotado un enemigo. Quedó, sin embargo, ya establecido el sistema de fichas-salarios. Los propietarios de minas y fundiciones habían aprendido la manera de recuperar los jornales. Y cada uno, fabricar su propia moneda. Con esto, obtenían un doble beneficio. No necesitaban capital en efectivo para cancelar los jornales. El posible salario volvía a sus cajas, es decir, casi no existía. Y además, reducían sus necesidades de crédito en dinero, de préstamos de habilitación. Pronto, los ministros de hacienda, en general miembros destacados y poderosos del comercio. habilitador (prestamistas), encontraron la salida legal. Tanto Jerónimo Urmeneta como José Waddington dictaron decretos prohibiendo el uso de fichas-salarios.

Uno, conocido, es el siguiente.

“Santiago, octubre 26 de 1852.

” . . . . .

”Vengo en decretar:

”Los intendentes de las provincias harán anunciar por bando en todos los departamentos de su dependencia, que es absolutamente prohibido a los particulares emitir señas, mitades y cualquier otro signo como moneda; y que los que lo hubiesen emitido son obligados a recogerlos o cambiarlos por el valor que representan en moneda corriente o legal sin que sea lícito continuar su circulación en ninguna forma, por ningún pretexto bajo multas o penas correspondientes

”Tómese razón, comuníquese y publíquese. Montt-Waddington”<sup>4</sup>.

Ese decreto, y otros sucesivos, sólo tienen importancia testimonial. Rigió la vieja regla criolla “se acata, pero no se cumple”. El propio Ministro de Hacienda José Waddington emitió fichas-salarios en sus minas del Norte Verde, en su hacienda de Valparaíso y en la construcción del canal de su nombre. Además, el Presidente Montt tenía familia dedicada a la minería. Sus primos como sus herederos, encontraron que la mejor forma de disminuir los costos de explotación era utilizar el sistema “pulpería”. Tanto de Waddington como de la firma Montt, poseo varias fichas-salarios.

Alberto Blest Gana, en su *Estudio de Costumbres, Los Banquetes Patrióticos* narra el uso de las fichas-salarios, con su típica ironía. Partió con Larra, “Fígaro”, y después se hizo balzaciano. Comenzó en la crítica menuda y después llegó a la *Comedia Humana*. “Otro que paga a los peones de su fundo valores que sólo son admitidos en el bodegón del mayordomo a quien él mismo ha habilitado, perora en favor de la libertad de comercio y de la abolición del Estanco, con una elocuencia que envidiaría cualquier ministro de hacienda . . .”<sup>5</sup>.

Su contemporáneo Eugenio Chouteau en un informe oficial, solicitado por el

<sup>3</sup>Reproducido por Ramón Santelices, *Los Bancos Chilenos*, Imp. Barcelona, Santiago, 1893, p. 61.

<sup>4</sup>Ver J. T. Medina, *Monedas Chilenas* y M. Poblete Troncoso, O. Alvarez Andrews, *Legislación Social Obrera Chilena*, Santiago, Imp. Santiago, p. 161. Cap. *Uso de fichas*.

<sup>5</sup>*La Semana*, rev. de Santiago, N° 12, 6 de agosto de 1859, pág. 201. Reproducido en la compilación de José Zamudio, *Costumbres y Viajes*, Ed. Difusión Chilena, Santiago, 1947, p. 109.

gobierno, escribió: "Existe en algunos minerales el sistema de fichas que se ha hecho obligatorio al trabajador. Los días sábados se le entrega el número de fichas que sea necesario, las que descuentan con 30 ó 40 por ciento. En los negocios de las placillas (caseríos de los minerales), el dinero que recibe a 25 peniques, viene a ser una cantidad tan insignificante, que con esos cuarenta centavos febles, por ejemplo, que ha recibido por cada peso al comprar las mercaderías que necesita, sale perdiendo más de 70 por ciento, lo que es una monstruosidad"<sup>6</sup>.

En la medida que el capitalismo chileno se fue desarrollando, aumentó la frecuencia y la variedad de las fichas-salarios. Primero, en la plata y en el cobre. Después, en los ferrocarriles particulares. Siguió en los embarques y fletes. Más adelante, en toda la agricultura mayor. Se amplió su uso a las minas de carbón y en sus fundiciones de cobre. Miguel Gallo las usó en Chañarcillo. El marido de su hija Luz, don Matías Cousiño, su más activo heredero, en Lota. Los Matta, en Tres Puntas y Chimbero. Agustín Edwards, en sus fundiciones de cobre. Y todos los nombrados, en el Ferrocarril de Caldera a Copiapó.

En la agricultura, sucedió algo semejante. Cuando llegó el auge de la exportación de trigo, en los años de la quimera del oro en California y en Australia, sólo los fundos menores no tenían fichas-salarios. Cuando Paihuano comenzó a despachar grandes cantidades de "aguardiente", sus jornaleros recibieron fichas de bronce bruñido. Mi difunto padrino, Lino Hernández, uno de los dueños del famoso Pisco y fuerte productor de pasas, alguna vez me narró que su padre enriquecido con una veta extraordinaria, gustaba variar cada año de monedas privadas. Le decía: "Aprendí en mis experiencias juveniles de minero, que todo es posible de imitar. No quiero que algún mayordomo pillo, me defraude acuñando fichas con mi nombre". Además, las numeraba con un sobresello a presión.

Los astilleros del Maule, constructores de los grandes lanchones de la época, cancelaban también con fichas a sus carpinteros. Quivolgo, en Constitución, las usó de cobre.

Hay muy diversos tipos y modelos de fichas-salarios. Los materiales usados de muy variados elementos. Desde plata a ebonita. La más completa serie responde a las empresas del más grande industrial y minero chileno del siglo pasado: José Tomás Urmeneta. En 1871 fue el candidato popular a la Presidencia de la República. Don Benjamín Vicuña Mackenna le rindió el más grande homenaje que podía hacerle como historiador. Así como *El Libro de la Plata* está dedicado a José Santos Ossa, su *Libro del Cobre* comienza con un retrato de Urmeneta. En el cerro El Tamaya, que en el siglo XVIII fue la base de la fortuna de los Hermanos Carrera, descubrió la veta real. Con ella levantó las más grandes fundiciones de cobre de su tiempo, en Guayacán y en Tongoy. Parte de su gran fortuna sirvió para unir el Mar con la Cordillera de los Andes. Construyó los ferrocarriles de Coquimbo y de Tongoy. Aportó un gran capital al ferrocarril de Santiago a Valparaíso. Contribuyó a organizar la Compañía de Gas de Santiago y la "Empresa de Tranvías Urbanos". En cada una de sus actividades hizo acuñar fichas. Las más perfectas son las utilizadas en El Tamaya. Son de cobre enchapado en bronce. Ninguna moneda fiscal posee tanto realce, adorno y relieve. Sus letras cuadradas sorprenden por su modernidad. Todas son identificables por sus estrellas chilenas de cinco puntas. Las de cincuenta centavos, llevan grabadas las tres cumbres del cerro Tamaya. Las de veinte centavos, un martillo cruzado por un cincel. Las de cinco, sólo una estrella. Las tres, precisan: EN MERCADERÍAS.

Su yerno y heredero, Maximiano Errázuriz reorganizó sus establecimientos. Creó

<sup>6</sup>*Informe sobre la Provincia de Coquimbo*, Imp. Nacional, Santiago, 1887, p. 156.

la "Sociedad Chilena de Fundiciones". Pero paulatinamente comenzó a brocearse la empresa. Sus hijos vivían en Europa. Su bello yate más pasaba en el Mediterráneo que en el Pacífico. Alguno de sus vástagos fue embajador en Roma y escribió libros de viajes. Otro, llegó a ser Arzobispo de Santiago. Hasta que un día se detuvo el auge de sus fundiciones. En el Japón y en los Estados Unidos se utilizaron métodos que permitían elaborar minerales de baja ley a reducido costo. Los ingenieros de la "Sociedad Chilena de Fundiciones" previeron el riesgo; pero sus patronos no los escucharon. Diversas veces les informaron: "Hoy no es suficiente tener costos mínimos, pagar los jornales en fichas. Es necesario renovar las maquinarias. Reducir los gastos generales y modificar los sistemas de fundición". Los Errázuriz Urmeneta no fueron capaces de cambiar sus costumbres. Maximiano Errázuriz prefirió recurrir a la ayuda del Estado. Buscó la cooperación de su antiguo compañero de estudios en el Seminario de Santiago, José Manuel Balmaceda. La subvención fiscal indirecta postergó la ruina; pero no modernizó las técnicas. La caída del Presidente, resume la propia historia de la empresa. Tanto el uno como la segunda, son una imagen de la derrota definitiva de la burguesía industrial y agrícola criolla frente al empuje anglo-sajón. Así como Urmeneta fue candidato popular a la Presidencia. Maximiano Errázuriz se contentó con ser Senador. Años más tarde, las fundiciones de Guayacán y Tongoy fueron desmanteladas. De la primera, sólo se conservan las casas de la administración y la iglesia de hierro, comprada a Eiffel. Sus terrenos pertenecen al último acreedor: la Caja de Crédito Minero. De la segunda, Tongoy, sólo sobrevive solitaria una alta chimenea. Otra imagen de la decadencia, es la serie de fichas emitidas por Errázuriz. Las de su suegro fueron metálicas. Las del heredero, de caucho vulcanizado. Sólo se asemejan por los vocablos EN MERCADERÍAS y por la estrella solitaria. De las empresas familiares, sólo restan activas sus viñas estilo francés, las que fueron plantadas por Urmeneta y Errázuriz como distracción, imitada de los potentados parisienses.

Pero, sin duda alguna, el período de mayor esplendor artístico de la ficha-salario corresponde a otra zona. A partir de 1879, la Conquista del Desierto trae a la Numismática Chilena un aporte extraordinario. Antofagasta y Tarapacá han emitido miles de tipos. El cobre, la plata, el bórax, el yodo, la sal común, los ferrocarriles, el transporte de las carretas muleras, los puertos de embarque y, sobre todo, el salitre entregan ricas colecciones. Acuñó tanto la "Compañía Salinas de Punta de Lobos" como la "Borax Consolidated". Un día, tuve el placer de admirar un completo conjunto de fichas salitreras. Son de propiedad de Luis Ross. Antiguo conservador, en el doble significado del término: el museológico y el político. Vivió largos años en la Pampa. Su cargo, coronel de Carabineros —hoy, retirado— le permitió reunirlos. Conoció palmo a palmo la zona a su custodia. Hizo una labor admirable. Mientras el resto de los numismáticos juntan con sumas elevadísimas, piezas ya totalmente conocidas, catalogadas y múltiples veces reunidas, él, fijo su afán en la parte más rebosante a chilenidad y olvidada. Sin gran costo monetario; pero, eso sí, con gran paciencia y dedicación de auténtico coleccionista. Le interesan la de las del salitre. Posee miles. Representan casi la historia del trabajo en el período del nitrato de sodio. Recuerdan los años en que el Presupuesto Nacional se sostenía en la exportación del salitre. Es decir: en los trabajadores de las calicheras. Su colección es un museo del trabajo no pagado en dinero legítimo. Es tan abundante, que es imposible repetirla. Desde que la vi, me contenté con coleccionar sólo las suficientes muestras necesarias para su estudio. Como diría Malraux: su potencial estético. O, en un sentido más profundo, en la actitud de Arnold Hauser, su validez estética como prueba del valor histórico-social del arte. En cambio, continuó (gustoso) persiguiendo las fichas-salarios de las restantes actividades económicas del Norte Grande.

Las piezas emitidas para la zona cruzada por el Trópico de Capricornio y cercana a la corriente de Humboldt, son de todos colores, metales, grabados y formas posibles. Las hay cuadradas, rectangulares, exagonales, redondas, ovaladas, en triángulo. Son de metal blanco, de planta alemana, de bronce, de níquel, de aluminio, de plomo, de ebonita y de celulosa. Algunas, de dos tipos de metal, incrustados a presión y calor. Parece que la constante sequía, la inexistencia de fauna y de flora, hubiesen tornado soñadores a los propietarios de las salitreras y otras minas. Sus fichas multicolores son un sucedáneo de las mariposas de otros países del Trópico de Capricornio. Sin embargo, ese esfuerzo para poetizar la existencia en la Pampa, cae en lo prosaico al menor rasguño analítico. Ese desborde de tonalidades y de formas estaba destinado a impedir el uso "fraudulento" de la moneda ilegítima. Toda transacción al margen de la compañía emisora era considerado un robo. Sólo debía tener poder adquisitivo en el almacén correspondiente. Era la mejor fuente de utilidades. Para impedir un posible escape de éstas, sólo debía ser útil por un tiempo dado. De un curso forzoso limitado. Que su validez fuera sujeta al capricho imprevisible de los patrones. Había que impedir su falsificación. Algunas "oficinas" y minerales numeraron sus monedas y les fijaron fecha de emisión. Como aún, con estas previsiones, era posible un acuñamiento fraudulento, capaz de restar con bajos costos mercaderías a la "pulpería", también las numeradas eran cambiadas por otras disímiles.

Los literatos han dejado testimonio de ellas. Hay versos y excelentes novelas. Algunos poemas proceden del siglo xix, por ejemplo de Clodomiro Castro<sup>7</sup>. Otros, de esta centuria. En particular Andrés Sabella, cuya obra más valiosa está dedicada a su *Norte Grande*. Más dramática es la serie de novelas y cuentos del gran escritor Theodor Plivier (Pliever): *La Gran Aventura (Revolt on the Pampas)*, *Doce Hombres y un Capitán* y *El Último Rincón del Mundo*<sup>8</sup>. Plivier era marino de profesión, viajero siempre, que después de alguna gran experiencia humana, anclaba en tierra para describirla<sup>9</sup>. Navegaba en los grandes veleros de la línea P. Fueron los últimos construidos.

En los años de la gran crisis de 1929, su barco recaló en Caleta Coloso, un puerto hoy desmantelado. Barco y marineros debieron hacer una larga espera. Plivier se enamoró de Chile y de sus mujeres. Así pudo escribir su serie chilena. Detengámonos en la última novela. La más desgarradora y humana, aunque no la más profunda y perdurable.

Nos enclava en una solitaria caleta salitrera, *El Último Rincón del Mundo*<sup>10</sup>. Su protagonista es Wenzel. Un ex marinero de la línea P. de veleros alemanes. Convertido en comerciante y pescador, vende productos del mar a los obreros de una salitrera. Vive con dureza, contra sí mismo. Pesca con dinamita y ama con ardor tanto

<sup>7</sup>Clodomiro Castro, *Las Pampas Salitreras*, Iquique, 1896, poema en cinco cantos.

<sup>8</sup>*La Gran Aventura*, no ha sido traducida al castellano. Su versión inglesa, tiene un título más preciso, *Revolt on the Pampas*, trad. Charles Ashleig, Michael Joseph, London, 1937. Contiene un poema bellissimo y enérgico *Salpetre* (Salitre). Tiene la fuerza y garra del poema a los *Tejedores de Silecia* de Heine. *Doce hombres y un Capitán*, tiene edición chilena, Letras, Santiago.

<sup>9</sup>Plivier se dio a conocer espectacularmente con *Los Coolies de Kaiser* (diversas ediciones). Retrata con vigor la rebelión de los marinos de la flota estacionada en Kiel en 1918. Sin embargo, la gran fama proviene de *Stalingrado*. Durante la segunda guerra mundial residió en la URSS. Terminada la conflagración debió huir. Todos sus amigos, viejos revolucionarios, fueron enviados a Vorkuta, en Siberia. El escritor, antiguo camarada de Rosa Luxemburgo y de Trotsky, previo su posible encierro y muerte. Falleció tiempo después, en Suiza. La causa precisa es desconocida. ¿Enfermedad? ¿Asesinato? En Chile, un provocador identificado lo acusó de nazi...

<sup>10</sup>Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1961, versión de Nuria Fuste. Hay otras ediciones.

a los peces como a la mujer. Ha reunido una pequeña fortuna, en fichas-salarios. Sueña cambiarlas. Huir con una criolla ardiente a Arequipa. Subió a la Administración de la Compañía de Nitratos. Habló con un inglés pelirrojo. Le dio un rotundo ¡No! Las fichas eran dinero destinado a las relaciones entre la Compañía y sus trabajadores. Pretendió protestar. La Compañía no se detuvo. Obligó a Wenzel a fugarse, para no ser aprehendido. La pesca con explosivos es delito<sup>11</sup>.

No todos los testimonios literarios o documentales son dramáticos. Hay risibles. Existe uno, en su tiempo, muy citado. "Se non è vero, e bene trovato". Una firma salitrera inglesa perdió su gerente en Londres. Falleció repentinamente. En su reemplazo fue contratado un joven recién egresado de la London Economics School. Ignoraba los nombres y las funciones de las diversas secciones de la empresa. Pero quiso demostrar su eficiencia y capacidad ejecutivas. Estudió la contabilidad de la Compañía. Basado en ella, envió a la Administración en Chile la siguiente orden: "De acuerdo a vuestros libros de Pérdidas y Ganancias, suspenda la actividad de la "oficina". No produce utilidad. Aumente el movimiento en la "pulpería", es un buen negocio".

<sup>11</sup>El crítico literario nacido en Antofagasta, Yerko Moretic, obtuvo el Premio Municipal de Santiago de 1960 por *El Relato de la Pampa Salitrera*. Quiso rendir homenaje a la literatura de su tierra. Con excesiva razón, clasifica su obra como Ensayo. Pues, omite los más notables autores. Se destaca por su ausencia Plivier. La razón es obvia: sólo política, ver nuestra nota 9. Su libro *La Gran Aventura* es el más poderoso relato pampino existente. Su protagonista, Achazo, a veces minero, las otras pescador o marino, es el retrato del campesino chileno enganchado por una salitrera. La acción y su voluntad, lo transforman en líder obrero. Es una bella imagen, tanto de algún dirigente de los trabajadores pampinos, como de los viejos "fochistas" anónimos. Su vida se torna parte de la Gran Aventura Social que es transformar la sociedad chilena. Aparecen: Recabarren, el 4 de junio de Grove y Matte, un diseño maestro del primer Gobierno de Ibáñez, el papel de Balmaceda y el esfuerzo humano del trabajador calichero. Todo, en medio de la naturaleza árida del Norte convertida en un torbellino por un terrible cambio marino: la corriente de Humboldt vencida por la del Niño. Fenómeno geográfico, que sucede rara vez; pero, que se traduce en maremotos y salidas de mar. Toda la novela es una metáfora gigantesca, de una posible revolución obrera.

Además Moretic, tiene otras notorias exclusiones, de otro carácter. No figuran: *Tarapacá* de Juanito Zola, *La Vida de la Pampa* o *Historia de un Esclavo* de Mariano Martínez, *Norte y Sur* de Salvador Reyes; los cuentos de Homero Bascuñán, Guillermo Koenenkampf y Acevedo Hernández, y las crónicas de Augusto Rojas Núñez, un vigoroso octogenario. En la página 16 cita uno de sus seudónimos, T. D. Monio, pero le agrega un signo (:).

Desde el punto de vista histórico, estas exclusiones son graves: son los mejores testimonios literarios.

La omisión más grave es *Tarapacá*. Fuera de su auténtico mérito como novela, es el libro clave para conocer el Iquique de 900. Aparecen en estilo naturalista, la vida de los potentados salitreros, sus relaciones, amistades y, en suma, el modo de existencia del Puerto. Escrita por Juanito Zola, seudónimo que ocultó a Osvaldo López y Nicanor Polo de las represalias. Recordemos lo sucedido a Luis Orrego Luco por su *Casa Grande*. *Tarapacá* es una joya apreciada por los bibliófilos, como rara. Los personajes retratados, adquirieron casi la totalidad de la edición. Sin embargo, hay un ejemplar depositado en la Biblioteca Nacional. Además, un buen escritor, extrajo de ella gran parte del cuadro que tiene de Iquique.

Moretic, por otra parte, somete a un ataque implacable a Sabella por su *Norte Grande*. Condena, tanto su prosa poética como su vívida relación del clima pasional violento de la zona. Puede tener razón en algunos defectos de la novela; pero, es un hecho que en la región salitrera, se rompieron todas las trabas morales y surgió sin freno la euforia sexual. Desde Juanito Zola hasta Plivier, pasando por Barrios, González Zenteno y Salvador Reyes, ninguno dejó de sentir el temple ardiente de la Pampa. Es la vida auténtica de un Norte Salitrero, ya desaparecido.

González Zenteno aparece valorizado. Teitelboim, puesto en la cumbre. Pero, ¡Ay! no tanto por razones estéticas, sino por la "visión" del crítico. El realismo socialista lo autoriza alabar en bloque *El Hijo del Salitre*. En cambio, es cierto que el cuadro de la

El número exacto de fichas-salarios emitidas en Tarapacá y en Antofagasta es desconocido. La mayor parte de las faenas del nitrato, del yodo, del bórax, del cobre y de la plata más las respectivas fundiciones han desaparecido. Además, los negocios nunca presentan un estado fidedigno de su situación. Los libros de contabilidad son obra de expertos. Jamás la Dirección de Impuestos Internos tiene datos precisos. Los "Estados Bancarios" son confidenciales. Lo único positivo es la acuciosidad de los numismáticos. Alguna vez terminarán por clasificar todas las series.

También la clasificación es difícil. Una alineación, un orden por el material usado es inútil. Sólo indica una ruta fácil para los coleccionistas maníacos. Sin contenido histórico o sociológico serios, salvo en los períodos de guerra. La escasez en esos períodos de materiales duros, para acuñar, obligó emitir valores en papeles o cartones. Una imprenta, Rafael Bini, de Iquique, no sólo editó una literatura regional casi no explorada, sino, también, fue un excelente impresor de billetes privados en el período de la guerra civil de 1891.

Sin embargo, es necesario esforzarse por establecer una cronología general de los tipos de fichas. Indican el origen de muchos conflictos sociales, como veremos en el *Epilogo para Historiadores*.

La más antigua que conozco, vale un real. Es pequeñita y de color sangre desvaída por el tiempo. Proviene de una "Sociedad Salitrera de la Providencia". Fue acuñada en la primera mitad del siglo pasado, para Tarapacá. Responde al período antiguo de lixiviación, cuyo invento se atribuye a Thadeus Hanke. En grandes fondos, se hervía el caliche a fuego casi directo. Procedimiento llamado de las "paradas". Sumamente peligroso, al menor descuido explotaba la masa hirviente.

Pronto, nadie quiso ocuparse en el salitre. En cambio, su consumo internacional aumentaba. Liebig, padre de la química agrícola, había recomendado su uso como abono.

La solución fue fácil. La misma de los concesionarios de las Islas Guaneras y de los propietarios de los valles e ingenios azucareros peruanos: importar coolíes. El viaje comenzaba en Macao o Cantón. Los semiesclavos eran embarcados a la América, con un contrato válido en general por 10 años. Sobre la base de la deuda por el transporte, los "derechos" pagados a los mandarines y un pequeño anticipo para sus familiares, debían trabajar sin jornal por el plazo estipulado. Cumplido ese lapso, tampoco tenían posibilidad de quedar libres. Con nuevas "deudas", adquiridas en las "pulperías" —en calidad de anticipos sobre futuros trabajos— jamás lograban

---

bajada a Iquique de los huelguistas y la matanza de la Escuela Santa María son fragmentos maestros. Dignos de una antología chilena. Recuerdan visiblemente los movimientos de masa de Tolstoi en *La Guerra y la Paz*. Pero, no se puede decir lo mismo del resto. La mitad de la novela, como su protagonista resultan mediocres. Opacos. En un momento dramático —la bajada a Iquique— el personaje central no desea seguir a la masa. En el instante trágico, pasea por la ciudad. Tampoco es un observador crítico ni un escéptico. Menos una víctima de los acontecimientos, y para equilibrar a Lafertte con los héroes, los oscurece. El líder de la huelga, Briggs, y sus compañeros aparecen débiles, como asustados e ignorando el transcurrir de los acontecimientos. ¡Qué distinto es el testimonio que he escuchado de los sobrevivientes de la Escuela Santa María! Ladislao Córdoba, miembro del Comité de Huelga, vibra con el recuerdo de sus camaradas. Protestó con pasión cuando le mencioné la novela. Enrique Salas, deja un testimonio emocionante. (Obra en mi poder). Ambos, eran auténticos dirigentes obreros de Iquique.

El llamado "realismo socialista" es un eufemismo que encubre el peor de todos los formalismos: la falsedad dirigida. Por una paradoja moderna, toma el nombre de "realismo socialista" no una tendencia literaria que coge la herencia de Balzac y la aplique a la época actual. Sino, por el contrario, un formalismo superficial. Una visión mítica que crea héroes falsos y omite la auténtica realidad del drama humano, con sus múltiples matices. Trunca al verdadero escritor, como es el caso de Teitelboim, en Chile o Ehrenburg, en Rusia.

huir. Se han encontrado hombres encadenados en Tarapacá. El número de suicidas espanta. Cada cierto tiempo se los encuentra en los roqueríos de las playas. Hace algunos años, describí los "contratos"<sup>12</sup>. Lo que comenzó en la época peruana de Tarapacá, se prolongó a Chile. También hubo coolíes en el Norte de Atacama. Además, en la expansión chilena a Tarapacá y Antofagasta, el uso de coolíes se generalizó. No sólo fueron usados en el salitre, sino, además, en el cobre y en la plata. Sin embargo, en Chile la explotación coolí no fue tan trágica. Esto explica su adhesión activa, combatiente, a Chile en la Guerra del Pacífico. Incluso hubo más de alguna rebelión, favorable al lado sureño.

Sin embargo, las duras jornadas de labor y varias epidemias diezmaron con rapidez a los infelices súbditos del Celeste Imperio. Hoy, su importancia demográfica es insignificante. Sobreviven sólo los descendientes de aquellos que, por alguna circunstancia favorable, lograron independizarse y residir en las ciudades. Es necesario agregar que los contratos de coolíes fueron en gran parte financiados (habilitados) en Valparaíso.

La rápida pérdida de la inversión coolí, más los altos costos y escasa productividad de las "paradas", dieron paso a nuevos sistemas de lixiviación. El más productivo fue aplicado por el industrial chileno Pedro Gamboni. Usó, por primera vez, los "cachuchos", estanques de hierro de grandes dimensiones para hervir el caliche y separar el nitrato de las materias ajenas. Con velocidad se expandió el nuevo sistema de trabajo, el industrial y moderno.

Impulsados por el aumento de la demanda y el ejemplo de Gamboni, el resto de los salitreros de Tarapacá trató de modernizar sus faenas. Para ello recurrieron a los bancos, en particular a los de Valparaíso. El capital porteño, forjado en la minería argentífera y en el cobre, emigró al Desierto. Surgió en la zona la gran industria. El humo de las nuevas plantas rivalizó con las neblinas mañaneras, con la "camanchaca". Masas de proletarios emigraron a Tarapacá. El polvorazo —aún no se descubría la dinamita— reemplazó a la lluvia inexistente. Agentes de las "oficinas" recorrían las aldeas campesinas de Perú, Bolivia y Chile, en busca de obreros. Los "enganchadores", luciendo grandes relojes de plata Waltham, ofreciendo grandes jornales, tentaban a los más desconfiados y reacios. Nuevas inmigraciones de obreros. Compitieron con los salitreros en prometer magníficos jornales, los propietarios de "Huantajaya" y "Santa Rosa" —minerales argentíferos de Iquique— y los amigos de extraer el cobre. Pero el mayor número de trabajadores fue absorbido por el salitre. Para algunas faenas, por ejemplo, sacar el caliche como "particulares" —a destajo— eran preferidos los nativos del Perú y de Bolivia. Más dóciles, sufridos —acostumbrados al "pongaje" y a la coca—, trabajaban de sol a sol, sin descansar. Para otras actividades —los "cachuchos" o las máquinas— eran contratados los chilenos. En general, los más fornidos o mejor preparados, respectivamente.

Los "enganches" produjeron grandes protestas en los terratenientes. Los peruanos y bolivianos recurrieron a los prefectos y a las medidas policiales. Los chilenos, a medidas legales. Para éstos, la emigración del capital humano era un delito. La competencia del salitre alzó las tasas de los salarios agrícolas. Gran número de "afuerinos" —trabajadores temporeros— partieron sin vacilar al Norte. Otro tanto hicieron los "inquilinos" jóvenes, obreros agrícolas con residencia en el fundo.

<sup>12</sup>Ver *Desarrollo del Capitalismo en Chile*, M. Segall, Ed. del Pacífico, Santiago, pp. 83 y siguientes (Nueva edición, revisada, en preparación). Tres años más tarde, 1956, continuó la ruta (sin señalar a su predecesor). Ramírez Necochea, *Historia del Movimiento Obrero en Chile*, Austral, Santiago, p. 70 y siguientes. En 1961, Claudio Véliz, *Historia de la Marina Mercante de Chile*, aportó datos navieros sobre el tráfico de coolíes pp. 153 y otras; pero también sin mencionar la bibliografía inicial.

Una serie de polémicas periodísticas y los proyectos de ley que restringían la emigración obrera inflamaron el entusiasmo político. Empuñaron la pluma, los hermanos Arteaga Alemparte, Vicuña Mackenna y Zorobabel Rodríguez<sup>13</sup>. Alguno llamó a Chile "país presidio". Defendía la libertad de movimiento. Otro, atacándolo, pidió defender el acervo humano nacional. Exigió que se aplicara la ley, prohibiendo la salida de trabajadores al Perú.

Ninguna medida coercitiva logró detener el éxodo de los trabajadores agrícolas. Los terratenientes sólo obtuvieron un éxito de consuelo: aumentar los gastos ostentosos de los "enganchadores".

Pero ¿qué industria, por muy lucrativa que sea, resiste tal proporción de costos? En primer lugar, tenían que cancelar fuertes intereses a los "habilitadores" de Valparaíso y de Lima: el cincuenta por ciento de las entradas. A esto había que sumar la constante alza en la oferta de salarios. Peligraba la posibilidad de vender el salitre. Su precio de costo podía exceder al de los abonos rivales, tanto el guano como el químico, ya en fabricación aunque cara.

Sin embargo, como dicen los abogados habilidosos "hecha la ley, hecha la trampa". Los trabajadores de Tarapacá, lejos de su tierra natal, en medio del Desierto, debieron aceptar el pago tratado en las mismas cifras, pero no en moneda corriente, sino en fichas. Se vieron obligados a proveerse de alimentos y ropa en los almacenes de las compañías. Usaron los salitreros el viejo procedimiento de las minas de Chile: la "pulpería". Sus precios eran proporcionales al nivel de los jornales. Recuperaban los altos costos aplicando altos precios a las mercaderías.

Alrededor de 1870 se descubrió el yacimiento de plata de Caracoles. Nuevos éxodos y nuevas fichas-salarios. La fiebre de la plata condujo a miles de chilenos a la Puna de Atacama. Mientras los afortunados descubridores de Caracoles, Díaz Gana y Méndez "Cangalla" y su habilitador, el Barón de la Rivière, organizaban compañías argentíferas, imprimían títulos de acciones por cada "barra" y edificaban palacios orientales en Santiago, París y Niza, sus trabajadores recibían fichas-salarios<sup>14</sup>.

Con Tarapacá y Caracoles comienza el período clásico de la numismática más chilena. Ante la vista de las fichas del Norte Grande, brilla la avidez del coleccionista. Las más caras, las más escasas, son las de Caracoles. Las primeras acuñaciones son de plata. Sólo se encuentran, y muy rara vez, en los grandes remates internacionales de monedas. Después de largos esfuerzos, canjes, investigaciones y demases, sólo he logrado conseguir una tardía, de ebonita. De las últimas. Junto al periódico *El Caracolino* —otra rareza— las piezas emitidas por Díaz Gana y el Barón de la Rivière son el sueño inalcanzable del aficionado modesto.

Todo ese cuadro de actividad, riquezas y fichas-salarios entusiasmó a los banqueros chilenos. Día a día, mejores eran los negocios. Cada vez mayores las expectativas mercantiles. Crecía a la vista el mercado salitrero. Además, la floreciente industria de Inglaterra, Francia y Alemania exigía mayores cantidades de metales rojos y plateados. El gran yacimiento de Huantajaya, vieja mina explotada por los incas y por el primer Almeida en el siglo XVI, tentó a los inversionistas chilenos, entre ellos a la familia Mackenna. Poco a poco, los prestamistas de Valparaíso lograron controlar las faenas de Tarapacá.

Y también, poco a poco, el gobierno peruano comenzó a inquietarse. Salían las

<sup>13</sup>Ver: Segall, *Las Luchas de Clases en las Primeras Décadas de la República de Chile. Separata de Anales de la Universidad de Chile* N° 125, p. 31, en particular la nota 63.

<sup>14</sup>El Palacio Morisco de Díaz Gana —después, Concha y Toro— fue la mansión más lujosa de Santiago. El fabuloso Barón de la Rivière, edificó en Francia la mansión más lujosa de su tiempo. El famoso balneario Deauville, creado por el Duque de Morny, fue testigo de la vida fastuosa de más de algún propietario de Caracoles

utilidades hacia Chile, y los yacimientos salitreros absorbían miles de antiguos trabajadores agrícolas. Subrepticamente, huían de las fincas azucareras y del algodón, en desmedro de los negocios de sus "gamonales". Entre la *semiesclavitud* —el "pongaje"— y la venta de la fuerza trabajo —aunque fuere en fichas-salarios— era preferible ser proletario a jornal. Entre el látigo del "gamonal" y poder escoger con alguna libertad los alimentos en una "pulpería", la disyuntiva era evidente y fácil. Pero, no muy satisfactoria para la aristocracia limeña y su Gobierno. Era romper las normas usuales, creadas en la Conquista y consolidadas en la Colonia.

Además, el Fisco peruano necesitaba reemplazar un rubro básico, ya agotado. Había que substituir por otro abono las entradas fiscales aportadas por el guano de las Islas Chinchas. En otro tiempo, los guanayes habían sostenido el presupuesto. Era indispensable, ahora, que lo hiciera el abono mineral. Para el Perú, de su salitre sólo quedaba en circulación una moneda inconvertible: la ficha-salario.

Con la cooperación —en promesas— de los bancos franceses, encabezados por la Casa Dreyfus, el Gobierno dictó, entonces, la Ley de Monopolio y Nacionalización del Salitre. Había acreedores —los inversionistas chilenos y peruanos—: se les canceló con "certificados o vales salitreros", bajo garantía fiscal.

En los mismos años de los grandes negocios de Tarapacá, una familia de mineros —los hermanos Latrille—, habían descubierto nitrato de sodio más al sur, en Antofagasta. Para ellos fue un descubrimiento comercial inútil. No tuvieron el capital suficiente para explotarlo. Los posibles "habilitadores" tenían invertidas en Tarapacá todas sus disponibilidades. Pero, después de la "nacionalización" el panorama había cambiado.

Un segundo descubridor, José Santos Ossa, fue el afortunado. Conocido comerciante en minerales y "habilitador" de mineros en Cobija, logró interesar a sus colegas de Valparaíso, tanto chilenos como ingleses. El prestigio y la solvencia de Ossa más la abundante cantidad de dinero proveniente de la "nacionalización" del salitre peruano, hicieron todo. Con la venta de los "certificados o vales", emitidos por Lima, avalados por Dreyfus y garantizados por las fichas-salarios, se levantaron las instalaciones y maquinarias de la "Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta". El puerto y sus vías férreas vieron pasar grandes masas de trabajadores chilenos hacia el Salar del Carmen. El mismo movimiento que había visto Caracoles, pero en mayor escala.

Con gran alegría, los "pulperos" o "pulpos" vieron nuevas fichas. Recién acuñadas, de color verde esperanza. El cambio de tinte les auguraba mayores participaciones y "recortes". Las fichas de tono sanguíneo de Tarapacá, pasaban a ser un horrible recuerdo. El ínfimo salario de los coolíes y su ascético resultado, no les había permitido obtener beneficios serios. Algo habían obtenido de los salarios de los ex "pongos" y de los obreros chilenos, pero no lo suficiente para independizarse. Las nuevas fichas, de matiz vegetal, significaban otra cosa: despachar productos de mejor calidad y más elevado precio. ¡Adiós, reales! ¡Bienvenidos los pesos! Y, en verdad, sus esperanzas de ser socios y competidores de sus patrones, con el tiempo, serían realidad.

Sus patrones —Agustín Edwards, Francisco Puelma, José Santos Ossa, Escobar, José Besa y Gibbs— gustaban imprimir billetes, para sus bancos. Pero, en Antofagasta olvidaron su afición papelera. En el Desierto, había que ser más práctico. Las fichas duran más. No las deteriora el uso: son más económicas y lucrativas.

La mayoría de los coleccionistas prefieren los billetes de los bancos particulares. Desde el punto de vista decorativo tienen bastante razón. Ocupan poco espacio. Es posible enmarcarlos y embellecer los muros. Son gráciles y sus diseñadores eran mejores artesanos que el simple acuñador de fichas. El comercio numismático también

lo considera así. Hay negocios especializados en su compra y venta. Algunos colocan todos los días anuncios en *El Mercurio* de Santiago.

Creo que ningún país, tiene más riqueza y variedad en billetes de banco. La libertad de emisión era casi absoluta. Courcelle-Seneuil —un librecambista francés— “al servicio de Chile”, consejero oficial del gobierno, diversas veces expresó su satisfacción, al respecto. Tal era la libertad de emisión que, en Iquique, durante largos años, en el subterráneo de un club social estuvo la más grande imprenta falsificadora de billetes y monedas del orbe.

Edwards, Ossa, Mac Clure, Bunster, Escobar, Eastman, Matte y Ross, tenían gusto artístico definido. Cuando ordenaban una emisión, debía ser agradable a la vista. Señalaban a los grabadores, un estilo “dernier cri”, a su manera, mezcla de francés y de criollo. Mujeres robustas a lo Monvoisin. Gavillas a lo Millet. Cordilleras y cóndores a lo Rugendas, el pintor bávaro. También, contrataron el buril de Anatole Narcisse Edmond Desmadryl, pero debía ceñirse a sus indicaciones<sup>15</sup>. Desmadryl era un fino dibujante, con una hermosa barba rubia recortada al estilo de 1848. Hombre popularísimo y gran “causer”, con gran orgullo recordaba sus años mozos de París. Se graduó en La Sorbonne. Había sido profesor de l'Ecole Polytechnique. Asiduo del círculo de la Musa de la Revolución, George Sand, su firma en la época era famosa<sup>16</sup>. Conocía a Pierre Leroux y de vista a Heine. Pero, su mayor admiración era para Augusto Blanqui y Barbès, “les enfermés”, sus antiguos jefes de partido. Como jefe de barricadas, en las Jornadas de junio de 1848, debió huir. Hizo de Chile, su segunda patria. A pesar de sus ideas, como auténtico parisién y artista, atraía a sus poderosos clientes. Su sola presencia recordaba el aire del Sena. Y le eran perdonados sus pecadillos políticos. Hasta pudo ejercer de profesor de la Escuela Naval, como cartógrafo y conocedor de idiomas. No olvidemos que el Palacio Edwards de Valparaíso era una copia reducida de Versalles<sup>17</sup>. Mayor era el “parisianismo” de los Cousiño. Hicieron pintar un mural, donde figuran todos, en familia, en un lugar famoso de París. Sentados en un café<sup>18</sup>.

En 1877 hubo demasiados billetes. Dos imprentas, “The American Bank Note”, de New York, y la “Litografía Gillet”, de Valparaíso, imprimieron papel moneda en todos los tonos. Los hubo azules, verdes, rojos, morados, cáscaras, plomos, amarillos. Así como Guillermo Helfman se enriqueció fabricando fichas-salarios en su “Imprenta del Universo”, su colega Gillet con los billetes<sup>19</sup>. Un testigo irrefutable, el banquero Agustín Ross, protestó repetidas veces. “¡Basta de emisiones sin encaje!”. De sus filípicas, hay una buena antología. La de su biógrafo, Guillermo Feliú Cruz. Pero no continuaré el camino erudito y bibliográfico: no finalizaría jamás. Pues, en suma, cuando un banco emitió varias veces su efectivo capital todos los demás, ya habían hecho lo mismo.

En otro momento, quizás, nada hubiera pasado. Las emisiones inorgánicas son

<sup>15</sup>La fuente iconográfica central de la historia nacional es su *Galería de Hombres Célebres de Chile*, 1854. Es el mejor impreso chileno del siglo. También grabó la primera estampilla chilena.

Igual obra efectuó en Argentina. Pero, su vinculación general era Valparaíso. Para terminar su biografía, sólo espero descubrir su correspondencia. Un resto de su archivo obra en mi poder.

<sup>16</sup>Desmadryl grabó la más famosa litografía romántica de George Sand, sobre un retrato de Charpentier. Está reproducido a página completa en menor tamaño, en la *Historia Universal* de Oncken. Tomo xxxv, p. 263, Montaner y Simón, Barcelona, 1921.

<sup>17</sup>Destruído por el terremoto de 1906.

<sup>18</sup>Se encuentra en el Palacio Cousiño, de propiedad municipal, en Santiago.

<sup>19</sup>Valparaíso en la *Exposición Nacional de 1884*, Valparaíso, Imprenta de Tornero, 1884, artículos “*Imprenta del Universo*” e “*Imprenta Gillet*”, pp. 123 y 183 respectivamente.

corrientes, casi normales, en el sistema económico vigente. Es una manera silenciosa, tranquila, de inflar el capital circulante. Nada raro se nota... siempre que no excedan determinados límites que fija la balanza entre la necesidad consumidora general y los precios. Los únicos afectados en un desequilibrio excesivo, son los que viven de salarios y sueldos fijos.

Pero, un fenómeno inesperado, brusco, rompió el ritmo de la economía. La producción se paralizó por absoluta ausencia de clientes. Bajaron vertiginosos los precios de venta. Este fenómeno económico se le denomina *Crisis*. Se acumularon los billetes en una parte de la población y desaparecieron en la otra. Pero esta última era la mayoría: el pueblo.

Las mentes más lúcidas de Chile, Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana y Marcial González, por medio de la *Revista Chilena*, propusieron la "economía" como paliativo a los problemas populares. Marcial González escribió sobre *La Moral del Ahorro*<sup>20</sup>. La grave situación económica obligó a los trabajadores a optar públicamente *Ante la Protección y el Libre Cambio*<sup>21</sup>. Declararon en *El Meeting de los Obreros en Santiago*, que colocando barreras aduaneras a los artículos importados resurgiría la actividad y el comercio<sup>22</sup>.

Las señales de alarma —mitines, artículos de la *Revista Chilena* y consejos de Ross—, no hicieron impacto en el Gobierno. No colocó barreras aduaneras, para proteger la industria y el artesanado chilenos. Tampoco propició medidas para proteger el ahorro. Menos aún, limitó las emisiones inorgánicas.

Al año siguiente, 1878, la *Crisis* llegó a su cima. Produjo el pánico general. Asustó a los tenedores de billetes: exigieron la inmediata convertibilidad metálica de sus papeles moneda. La Ley de Bancos, así los garantizaba. Pero, las instituciones crediticias —los bancos— tenían todo su capital colocado. Sus propios directores se habían autoprestado todas las disponibilidades. Como es lógico, las habían invertido. En particular, en títulos salitreros y argentíferos.

Apremiados los bancos, sin encaje alguno, recurrieron a su influencia en el Gobierno. Para salvarlos de la quiebra, el Presidente Aníbal Pinto, decretó la inconvertibilidad del papel moneda.

Los billetes pasaron a ser simples impresos, muy bien litografiados. Sin valor adquisitivo alguno.

La tesis previsoras del ahorro popular, propiciada por Amunátegui, Barros Arana y González, se vio derrotada. La inconvertibilidad destrozó de raíz todas las actividades mutualistas y previsionales. Las sociedades obreras, creadas por la prédica reformista de Fermín Vivaceta y Vicente Laínez, debieron cerrar sus cajas. Más grave todavía, fue la situación de los trabajadores y artesanos de las ciudades y fundos menores. No tuvieron cómo adquirir alimentos. Sus billetes no tenían validez. En las minas y haciendas mayores, en los primeros días los problemas no fueron tan agudos. El régimen de fichas-salarios mantuvo algún tiempo, los abastecimientos. Pero, agotados los stocks de las "pulperías" pasaron las mismas angustias del resto de los trabajadores. El crédito estaba suspendido. Todo el comercio estaba aterrizado, tanto por la crisis general como por el pánico bancario.

La falta de alimentos, la inexistencia de dinero y la creciente paralización de todas las actividades, se vertieron en la protesta general. Todos los sitios fueron focos de oposición. Pronto, la masa dominó las calles. El gobierno respondió asustando a los timoratos, con el recuerdo de "La Comuna de París de 1871".

<sup>20</sup>*Revista Chilena*, Tomo VII, J. Núñez, Santiago, 1877, pp. 104 y siguientes.

<sup>21</sup>*Revista Chilena*, cit. artículo de Igotus, pp. 290 y siguientes.

<sup>22</sup>*Revista Chilena*, cit. artículo de Igotus, pp. 281 y siguientes.

Tres testigos de insospechable ideología política han dejado testimonios indiscutibles de aquella áspera agitación pública. La lucha de clases se hizo visible. "Veíamos entonces —escribió Augusto Orrego Luco— que la cuestión social principiaba a hacer su sombría y tremenda aparición. Las doctrinas más disolventes flotaban en la atmósfera; los arrabales se presentaban a desafiar la fuerza pública en el corazón mismo de Santiago; partidas de bandoleros recorrían los campos; la policía estaba al acecho de incendiarios"<sup>23</sup>. El patriarca del Partido Conservador Abdón Cifuentes, fundador del Banco Santiago, narra que: "El descontento público tuvo por aquellos días manifestaciones subversivas que la fuerza pública apenas logró sofocar a medias"<sup>24</sup>. Luis Orrego Luco, más profundo y consecuente, escritor de la escuela de Zola, pudo ver el problema de fondo: la miseria popular. Fijó su atención en el episodio político más comentado de la época —una explosión chovinista— y escrutó su verdadero contenido.

El episodio es el siguiente: algunos estudiantes de leyes, en exceso patriotas, incitados por algún demagogo, promovieron desórdenes antiargentinos. El demagogo de marras, esperaba canalizar el descontento popular y así transformarse en líder. Llegar al poder. El pretexto fue la misión diplomática de Manuel Bilbao. La víctima, el monumento a la ciudad de Buenos Aires. Trataron de derribarlo. No lo lograron. Pero, la muchedumbre reunida, había sobrepasado los límites calculados por el provocador. El pueblo descubrió que esa actitud era oportunista, que desviaba la opinión pública de los problemas reales. En respuesta a la provocación, se dirigieron a la calle de Ahumada. El calor del mitin los exaltó de tal manera, que expropiaron algunas armerías y negocios.

El novelista pudo descubrir tras el bullicioso "nacionalismo", el curso futuro de las luchas políticas. Vio que tras el clima exaltado del período, había algo más: "... las tendencias socialistas inconscientes o reflejas se abren camino, con lentitud y seguridad. Nuestros hombres de Estado, por desgracia, no lo sospechan ni se han dado cuenta de ellas en su hora. ¿Acaso no tenían ese carácter las manifestaciones aparentemente internacionales frente a la estatua de Buenos Aires en 1878...?"<sup>25</sup>.

La situación del gobierno de Aníbal Pinto era grave. Sin embargo, tres factores lo salvaron: la ausencia de un partido capaz de unificar la oposición; no había un organismo partidario popular específico, sólo simples tendencias proudhonianas y democráticas —el partido popular, la *Sociedad Escuela Republicana*, presentó candidatos sólo en 1882— y, sobre todo, la explosión de entusiasmo que produjo la Guerra del Pacífico.

Los numismáticos chilenos deben extraer de esa experiencia histórica, una conclusión lógica: preferir las fichas-salarios a las monedas y billetes. Sus proyecciones políticas son muy diversas. Las fichas son menos actuales. Más ligadas al verdadero afán de un auténtico coleccionista: son históricas. Responden por completo al pasado. Jamás fueron un instrumento fácil de manejar por demagogos. No han puesto en peligro directo, inmediato, al régimen social y económico existente. Sólo éste, permite a un buen coleccionista tener el suficiente dinero para reunir curiosidades caras. La numismática exige rentas considerables. Hay monedas chilenas cuyo precio internacional sólo está al alcance de millonarios en escudos.

De igual manera deben pensar los coleccionistas bolivianos y peruanos; sin embargo, a las razones ya expuestas, ellos deben agregar, además, otras.

<sup>23</sup>Augusto Orrego Luco, *La Cuestión Social en Chile*, reproducido en *Anales de la Universidad de Chile*, números 121-122, Santiago, p. 53.

<sup>24</sup>Abdón Cifuentes, *Memorias*, Tomo II, p. 154, Nascimento, Santiago, Chile, 1936.

<sup>25</sup>Luis Orrego Luco, *Organización Política y Social; en Chile*, Ed. Tornero, Santiago, 1903, p. 159.

En Bolivia, en la misma época, la situación no era menos funesta. Es verdad que circulaban grandes cantidades de fichas-salarios. En particular, en el salitre, en el ferrocarril y en Caracoles. Pero, por el contrario, escaseaba el dinero corriente en el Fisco. El producto más apetecido del Altiplano —la plata— estaba en declive. El metal que había hecho de Potosí un cerro famoso en el mundo, había entrado en su definitiva decadencia. Pocos años más tarde, el padrón plata sería reemplazado por el padrón oro. Además, no olvidemos, que la *Crisis* era internacional. Huanchaca, Oruro y Oroya no producían verdaderas utilidades. Los mineros de Caracoles para defenderse de los impuestos habían creado la *Sociedad Patria*. Su jefe, Enrique Villegas, muy activo, había encontrado la forma de esquivar toda gabela. En cambio, la “Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta”, encabezada por Mr. Hicks, no encontró otra escapatoria que la descubierta por los banqueros chilenos: recurrir al Gobierno de Pinto. El Presidente de Bolivia no quería contentarse con las bellas fichas-salarios que circulaban en la provincia. Exigía diez centavos oro por quintal de salitre.

El auxilio de Pinto llegó rápido. Pronto el coronel Sotomayor pudo enviar su correspondencia privada desde Antofagasta. En sus epístolas a su esposa, hay confidencias importantes sobre Mr. Hicks y el origen de la operación Antofagasta. Parece que no estimaba mucho a los ingleses. Pero, como no menciona las fichas-salarios, no me ocuparé, por ahora, más de él<sup>26</sup>.

En los mismos días, el Gobernador de Antofagasta, Nicanor Zenteno, comunicó oficialmente: “Todo el territorio comprendido entre el paralelo 23 y 24, de mar a cordillera, ha sido ocupado en nombre de la República”. Adquirimos una riqueza magnífica. Las fuentes de producción de la provincia —salitre, cobre, yodo, bórax, plata, hierro, y el oasis de Calama—, son muy valiosos; pero, no me refiero a las riquezas materiales por muy valiosas que sean. Pienso en el enriquecimiento del acervo histórico nacional en fichas-salarios.

Las acuñaciones antofagastinas, comenzadas por Díaz Gana y el Barón de la Rivière para Caracoles, multiplicadas por José Santos Ossa y Cía., con el diseño de su secretario privado José Abelardo Núñez —jefe del servicio de inteligencia militar chileno en Lima durante la Guerra—, nos traen una reserva importante para el futuro Museo de Historia Social de Chile<sup>27</sup>.

No menor es el aporte con que puede contribuir Tarapacá. Abarca: salitre, azufre, cobre y los valles de Arica. Todo con sus respectivas fichas-salarios.

En 1879, la situación del Perú era más grave que la chilena y la boliviana. Su entrada principal, el huano, estaba agotada. Los precios del azúcar, del algodón, del mercurio, de la plata y del salitre, respondían al ciclo económico vigente: la *Crisis*. A pesar del “pongaje” que hacía gratuita gran parte de los costos de producción y que otro tanto cooperaba el sistema de fichas-salarios (de menor valor adquisitivo que el sistema respectivo chileno), la quiebra económica nacional era completa. Día a día, se depreciaba la moneda de curso legal. El crédito internacional estaba suspendido. Las cortes judiciales de Londres, París y Bruselas, habían embargado los bienes peruanos en sus respectivos países<sup>28</sup>. La baja del nitrato correspondía a una época de depresión violenta. Lo que, unido a la competencia de Antofagasta, transformaba al salitre de Tarapacá en un pésimo negocio. Los bancos

<sup>26</sup>*La Correspondencia Familiar* de Sotomayor se encuentra en poder de mi amigo Ruperto Vargas (hijo). Su publicación es necesaria: descubre las fases internas de la Guerra del Pacífico.

<sup>27</sup>Poseen Museos de Historia Social: Argentina, Uruguay, Brasil y Perú. Están diseñados de acuerdo a los de París, Londres, Nueva York, Moscú y Hamburgo.

<sup>28</sup>Ver: *Perú*, N° 1, *Blue Book* (Parliament Reports), London, 1882.

limeños, administradores del salitre nacionalizado, veían escaparse toda posibilidad de utilidades. A todo eso, contribuía el incumplimiento del empréstito prometido por el consorcio bancario francés Dreyfus. Los “vales o certificados salitreros” perdían constantemente su valor. No se pagaban los intereses y menos la amortización acordada. En consecuencia, creció la oposición. No sólo la popular, sino también la aristocrática. Había levantamientos indígenas y se vislumbraba irresistible un Golpe de Estado.

Sin embargo, el Gobierno, encontró la solución de los problemas: hacer efectivo el tratado de 1872 con Bolivia. Y declaró la guerra a Chile. Con esto, desviaban la creciente oposición plutocrática y la resistencia popular hacia el patriotismo activo. Se suspendían automáticamente las demandas judiciales de los tenedores chilenos de “certificados salitreros”. Se abría la esperanza de alzar los costos del salitre de Antofagasta, con la posible aplicación del impuesto boliviano. Y, sobre todo, la nación pasaba a respaldar al gobierno.

El resultado de la conflagración es conocido. Venció el país con mayor unidad y desarrollo económico-social.

En Chile había clases sociales definidas de tipo más moderno: burguesía bancaria y mercantil, minera y fundidora; terratenientes con inquilinaje y obreros agrícolas; y un gran proletariado minero. La unidad nacional establecida por el régimen portaleano, respondía al espíritu de su creador. Diego Portales era un comerciante y antiguo habilitador de minas, hijo del ensayador de la Casa de Moneda. Escéptico en asuntos religiosos, rodeado por la Logia Masónica Filantropía, admirador de Voltaire y de Rousseau. La ideología del gobierno era liberal. Su base social era mixta: banqueros, mineros y agricultores; pero, la parte activa, pujante, eran los capitalistas típicos: los mineros, la banca y los bolsistas. Vale decir: Valparaíso. El “Tirteo” de la Conquista del Desierto era el historiador y candidato de los mineros: Benjamín Vicuña Mackenna. Su “delenda est Carthago” era “no soltéis el Morro”. Tanto la Logia Masónica de Valparaíso como la *Sociedad* paramasónica *Patria* de Antofagasta, eran la representación de la avanzada capitalista chilena. Los ministros de guerra —Rafael Sotomayor y José Francisco Vergara—, eran tanto capitalistas como masones. El regimiento básico, el Atacama, estaba formado por mineros, patrones y proletarios. La Escuadra, dirigida por oficiales de Valparaíso, estaba influenciada por la tradición británica, y la mentalidad porteña. Sonreía de las ideas de Desmadryl. En todo el país predominaba la ficha-salario, desde Arauco a Taltal. No había “pongaje”. Sólo obreros.

En cambio, el Perú, era dirigido por una aristocracia terrateniente. La composición social integrada por clases semejantes a castas. Primaba el orden racial: blancos, cholos, indios, negros y mulatos. Con tres idiomas nacionales —castellano, quechua y aimará—, y sólo uno legal: el castellano. La única Santa del Calendario Católico era Santa Rosa de Lima. Simboliza al Perú, pero es la imagen del Virreinato. Su religión popular era un sincretismo incásico con formas cristianas. Existía la ficha-salario, pero predominaban el “pongaje” y la agricultura. Armar a los “pongos” y a los coolíes constituía un grave peligro social. Ya se habían producido rebeliones.

Los regimientos básicos debieron organizarse con una parte restringida de la población. El gran marino Miguel Grau era un hombre típico de la burguesía media peruana: antiguo oficial mercante, ocupado en el tráfico de “coolíes” y en el embarque de azúcar y de huano. Perú, como totalidad social, estaba constituido: arriba, por una aristocracia cerrada; al centro, por una pequeña burguesía dócil, dependiente del estrato superior; y abajo, por una masa compuesta de millones de indígenas “pongos”, un gran número de coolíes, de negros semiesclavos y de un ar-

tesanado libre pero pobrísimo. Fue el último país hispanoamericano, que emancipó a los esclavos. Debemos recalcar que rendida Lima, los únicos que continuaron la guerra fueron los irregulares comandados por Andrés Avelino Cáceres y el General Iglesias. Todos, hombres de la masa. La Campaña de las Sierras, la parte sangrienta —a muerte— de la Guerra del Pacífico, fue la fase popular de la conflagración.

El salitre de Antofagasta había ganado la guerra. Pero, en la historia rige la ley descubierta por Hegel: “la negación de la negación”. Antofagasta no supo apropiarse de Tarapacá. El Gobierno de Chile —liberal— no se interesó en conservar para sí, la propiedad de los yacimientos nacionalizados. Tampoco los salitreros de Antofagasta se interesaron en controlar el salitre rival. Tanto el Gobierno como los salitreros del Salar El Carmen, dejaron rodar por el suelo los “certificados” de Tarapacá, sin adquirirlos. En cambio, un mecánico inglés, North, auxiliado por el gerente del “Banco de Tarapacá”, Harvey, los recogieron. Pagaron a sus propietarios, la quinta parte de su valor nominal<sup>29</sup>. Tampoco, entonces, reaccionaron el Presidente Santa María y los dueños de la “Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta”. Santa María prefirió desligarse: devolver las “estacas” nacionalizadas a los tenedores de “certificados”. Declaró que no era partidario de la intervención estatal en la actividad productiva. Era suficiente un impuesto de exportación por cada quintal de nitrato de sodio, para costear el Presupuesto Nacional.

A partir de este concepto liberal de libre empresa, pudo Tarapacá vengar su momentánea derrota.

North y Harvey viajaron a Londres. Portaban en sus valijas, miles de “estacas” de oro blanco. En la City, había capital excedente: ya la *Crisis* había pasado. La búsqueda de valores chilenos era general. El resultado de la guerra despertaba toda confianza. Una especulación afortunada de Frank Harris era conocida en toda Londres. Periodista famoso, típico aventurero inglés educado en la escuela aurífera de California, se había hecho millonario jugando a los títulos chilenos en La Bolsa. Los compró en plena Guerra del Pacífico<sup>30</sup>. Había conocido la energía del “roto” en los años de la quimera del oro, en 1848. Cuando miles de atacameños, coquimbanos, aconcaguinos y sureños, habían demostrado su capacidad para usar la barra y mover la “poruña”. Junto con los obreros estaban sus ex patrones. Tanto Vicuña Mackenna como Rafael Sotomayor habían sido sus condiscípulos en la escuela de California. No los menciona en sus memorias, pero muy bien podían encontrarse en sus recuerdos juveniles. Es verdad que se decía que Joaquín Murieta había sido chileno. Pero esto no importaba. Alguna causa lo habría empujado a colocarse fuera de la ley. Pues, en general, el obrero chileno era respetuoso de las instituciones jurídicas; salvo ante injusticias evidentes. Entonces, era de temer. Sin embargo, el país tenía buena policía. Toda inversión en Chile era segura. Si se exportaba capital, sería recuperado varias veces. Con tales informaciones, todos los inversionistas británicos adquirieron acciones de las compañías organizadas por North y su socio Harvey. North llegó a Londres en la fecha precisa.

Con millones de libras esterlinas disponibles, North iluminó nuevamente a Tarapacá. Aprovechó, es cierto, algunas “oficinas” antiguas. La Primitiva, por ejemplo. Sin embargo, su afán era modernizar todas las faenas. Nada de “paradas”, ni de “pongaje”, ni de esclavitud coolí. El proletariado trabaja con mayor entusiasmo. Más todavía, si está incitado por la necesidad de reunir gran cantidad de fichas-salarios. Antiguo calderero, “querendón” del esfuerzo concentrado en las máqui-

<sup>29</sup>Ver Ricardo Salas Edwards, *The Liquidation of the War on the Pacific*, London, 1900, Dunlop, p. 28. Esta publicación, oficial del Gobierno de Chile, da la proporción: quinta parte del valor nominal de los “vales” salitreros.

<sup>30</sup>Frank Harris, *Mi Vida, Mis Amores, Juventud*, diversas ediciones. Hay chilena: Ercilla.

nas de hierro, levantó "oficinas" gigantes. Incrustado en el suelo de la Pampa, había caliche para abonar todas las gastadas tierras de Europa, por miles de años de cultivo. En particular, la dulce betarraga sacarosa exige alimento complementario. Pronto los sacos de blanco nitrato de sodio de North se esparcieron por el Viejo Continente. Copó los mercados. Hasta la exigente y exclusiva Corte de Saint James le rindió pleitesía. Fue "colonel" de un regimiento de Scotland.

Tarapacá le había dado la vuelta de mano a Antofagasta. Los colegas de North del Salar El Carmen, debieron doblar la cerviz. O aceptaban cuotas de extracción o debían sufrir la competencia liquidadora. Debían ser sus asociados dependientes o morir como salitreros. Les impuso "La Combinación Salitrera".

Años más tarde, algunos ilusos especuladores independientes —salitreros marginados del acuerdo implícito North-Edwards— de la "Combinación Salitrera", quisieron participar con éxito en los periódicos remates de "estacas fiscales". Obtuvieron la cooperación del Presidente. Uno de sus hermanos, Elías Balmaceda, estaba entre ellos. Su amigo Arturo del Río, parece no haber sido ajeno también al asunto. José Manuel Balmaceda dictó un reglamento drástico: sólo podían presentarse a la licitación, capitalistas criollos, con un capital nacional probado. Los argumentos teóricos y el fundamento histórico los aportó un viejo y prestigioso peruano, Guillermo Billinghurst<sup>31</sup>.

Todo este nacionalismo fue tardío. Ya la banca de Valparaíso estaba totalmente ligada a la "Combinación Salitrera". En el hecho económico había una comunidad de intereses y obligaciones entre el capital chileno bancario y el británico, representado por North. La posición del Presidente y de sus amigos era una aventura peligrosa. Daba alas, a nuevos y audaces competidores en el mercado salitrero mundial. Ante el riesgo común, supieron actuar con decisión. Se jugaron enteros. Para Edwards y North era una nueva guerra por el salitre. Debían ganarla.

Contaban con una fuerza decisiva: la masa popular. El sangriento fin de las huelgas de 1890, había hecho antipático al Presidente. Los "rotos" de los cerros de Valparaíso estaban contra el "champudo", el "tirano". Lo mismo les sucedía a los obreros de Tarapacá y de Antofagasta. En Santiago, un aprendiz de político, un muchacho obrero de imprenta, Luis Emilio Recabarren, simboliza la actitud popular. Imprimía y distribuía panfletos exigiendo la caída del Presidente. El Gobierno, para estabilizar el orden social —el régimen de fichas-salarios—, había utilizado los regimientos de línea. Pero, con eso, había perdido su cimiento popular.

La segunda guerra por el salitre, terminó con el triunfo de los banqueros y de North. Las esperanzas del notable repórter inglés Maurice H. Hervey —conseguir las simpatías británicas— eran ilusorias<sup>32</sup>. Balmaceda debió recurrir al suicidio. Su amigo y consejero, el ministro norteamericano Egan, que habría prometido el auxilio económico a su gestión administrativa, debió abandonar su misión diplomática. El "asunto Baltimore" fue una de las secuelas de la posición norteamericana. La masa porteña odiaba todo lo que sonara a "balmacedismo", en ese instante.

Sólo al siglo siguiente, Antofagasta vería la ruina de Tarapacá. Y cumplida la misión Egan.

Para los caballeros de Valparaíso —los criollos educados en el Colegio Mackay y los ingleses del Cerro Alegre—, el coronel North era un "gentleman". Un modelo de británico emprendedor. Un gran hípico, capaz de seleccionar a ojo de experto un verdadero fina raza. La prueba: el magnífico potro que había traído para el ex presidente. Un "caballero arrotado", que lo rechazó. Además, North, era un exce-

<sup>31</sup>Los Capitales Salitreros de Tarapacá, Santiago, 1889.

<sup>32</sup>Maurice H. Hervey, *Dark Days in Chile*, Arnold, London, 1891.

lente coleccionista. Un fino numismático. Poseía una selecta caja de condecoraciones, otorgadas por la Reina Victoria. Más miles de fichas-salarios diferentes.

Según el impresor Helfmann, era el perfecto hijo de Albión: cumplidor de todos sus compromisos. Cancelaba anticipado todo trabajo. ¿Qué mejor testimonio que el otorgado por el propietario de la "Imprenta del Universo"? Desde su llegada de Alemania, conocía a los ingleses de Chile. Su primera actividad, había sido administrador de *El Mercurio*. En 1870, ya independiente, imprimió *The Chilean Times*. Después se especializó en acuñar fichas-salarios. North era su mejor cliente. En 1891, Rafael Bini, un español, impresor de Iquique, quiso arrebatarárselo. No pudo. Sólo era capaz de confeccionar vales-salarios, en papel y cartón. North prefería el caucho-ebonita.

Cada nueva empresa que organizaba, debía poseerlas. Sus "Nitrates Companys", tenían múltiples "oficinas" y cada una, sus propias fichas-salarios. Las series eran completas: desde \$ 100 a 5 centavos. La gran demanda de "cachuchos", bateas, calderas y montecargas exigió una gran fundición. Tuvo excelentes fichas. El agua en el Desierto era escasa. Lo mismo en los puertos. Se debía controlar: nuevas fichas. Los fleteros, estibadores y huincheros, también fueron contratados a jornal: más fichas diferentes. El transporte al ferrocarril y de la calichera a la "oficina" exigió miles de carretas, con sus respectivos muleros: otras fichas. Los "carrilanos", obreros de máquinas y de líneas, compraban cada cierto período sus provisiones en el almacén central. Tuvieron las suyas. Los "tiznados", los fogoneros, calderos y herreros de las "oficinas" fueron los únicos olvidados: se les pagaba con las mismas fichas-salarios del establecimiento. En general, eran mirados en menos, tanto por los obreros de la Pampa, como por sus administradores.

Tanta ficha diferente parece un difícil problema contable. No fue así. North tenía como socio a Harvey, antiguo empleado de banco. Un acucioso cajero inglés. La ley chilena de emisiones lo había acostumbrado a clasificar, a distinguir, los diferentes billetes de los distintos bancos nacionales y extranjeros. Cada cierto tiempo, en el *Diario Oficial*, aparecían eliminados algunos y valorizados otros. Por ejemplo, en 1908, fueron declarados válidos los billetes de 22 bancos y no se recibían los de 10 instituciones bancarias liquidadas<sup>33</sup>. Entre éstas últimas, se destacan el "Banco de Escobar, Ossa y Cía." y el "Banco del Pobre". El primero, por ruina y fallecimiento de José Santos Ossa. El segundo, una utopía proudhoniana, que, como tal, se hizo insolvente en una *Crisis Económica* cualquiera. Es la precursora de las actuales Cajas de Previsión.

Así como North era admirador de las instalaciones industriales, Harvey lo era de la precisión. Se cuenta que controlaba su reloj de gran marca, cada vez que pasaba frente a Westminster, en Londres. Todo debía ser exacto. Cada "oficina" y cada empresa, tener su fichero. Este personaje, no debía ejercer otra función. En la jerarquía, estaba directamente bajo el contador. Jamás debía mezclar su función contable con los encargados de la "pulpería". El era un control y no un vulgar despachero. Sus libros de contabilidad debían ser impecables. Era importante que indicaran la cifra precisa de fichas en circulación, para cotejarlas con las salidas de mercadería de las "pulperías" y, sobre todo, con los sacos de salitre despachados. Toda diferencia, indicaba filtración, estafa o robo. Fueron "ficheros": don Ricardo Goyenechea, de la "oficina" Granja; Mr. Leonard Norhtcote, de la Santa Lucía; don Alfredo Ossa —descendiente pobre de don José Santos—, de Lastenia<sup>34</sup>; y don

<sup>33</sup>El *Anuario Zig-Zag de 1909*, en su *Apéndice*, pág. 45, indica la nómina de ese año.

<sup>34</sup>Silva Narro, *Guía Administrativa, Industrial y Comercial de las Provincias de Tarapacá y Antofagasta*, Ed. 1909, pp. 120, 128 y 268, respectivamente.

Eugenio Dittborn, de la Santiago<sup>35</sup>. Su importancia jerárquica aparece en la *Guía Administrativa, Industrial y Comercial de las Provincias de Tarapacá y Antofagasta*. Salvo excepción, para mí desconocida, ningún "fichero" se hizo rico. Eran el símbolo de la honestidad y la corrección. No puedo decir lo mismo de los "pulperos". Grandes fortunas conocidas, comienzan en la "pulpería". Basta ver los empleados de menor categoría de la *Guía*, los "pulperos", para encontrarse con nombres destacados en el mundo financiero de hoy.

El éxito industrial de North y el contable de Harvey deslumbró a los negociantes de un metal en decadencia. Todos quisieron seguir sus ejemplos: modernizar. En especial los inversionistas chilenos y bolivianos en minerales argentíferos. Como había dejado de ser beneficiosa la explotación de la plata, pensaron en la solución North-Harvey. Suspender los procedimientos antiguos: la fundición con elementos coloniales y el "pongaje" con indios bolivianos.

Contrataron un grupo de ingenieros norteamericanos. Antofagasta vio elevarse sobre los cerros de su costa, la más grande planta beneficiadora de plata de la época. Acuñaron fichas. Se construyeron dos poblaciones. Una, de empleados, y otra, de obreros.

Las primeras, amplias, con vista al mar y con una galería exterior. Las segundas, más sencillas, con ventanas y puertas directas a la calle<sup>36</sup>. Y para que todo funcionara con la seriedad debida, trajeron de Administrador General a un alemán: Luis Darapsky. Fue uno de los fundadores de la extinta Sociedad Científica Alemana de Chile, formada en su mayoría por judíos germánicos.

Pero, los accionistas de la "Fundición Huanchaca" sólo habían aprendido lo exterior de los métodos de North-Harvey: el uso de las máquinas, del proletariado industrial y la eficiencia contable de las fichas-salarios. Lo esencial de los negocios, tener perspicacia, se les escapó. Mientras ambos ingleses, habían encontrado un negocio en ascenso, propio de la época; los inversionistas criollos, trataban de resucitar, uno propio del período manufacturero y artesanal, de la primera mitad del siglo. North y Harvey habían transformado todo Tarapacá en un solo bloque moderno, destinado a obtener utilidades en escala bursátil. En cambio, los propietarios de Huanchaca, producían metal para artículos de lujo de otro tiempo: la vajilla y los cubiertos de plata. Viviendo con placidez en sus hogares de Santiago, Valparaíso y La Paz, o, en su defecto, en París y Deauville, ignoraban una noticia económica conocida: el padrón plata estaba dando paso al padrón oro. Menos todavía entraba en sus lecturas una obra profunda. Ya Engels había colocado una nota a *El Capital* de su otro yo, Marx, donde después de señalar algunas características esenciales de los yacimientos argentíferos de América del Sur, termina: "...todo parece indicar que la plata tiende a perder más y más, incluso en el mercado mundial, su condición de dinero"<sup>37</sup>.

Pocos años más tarde, la gran fundición de plata de Antofagasta era desmantelada. Hoy semeja un gran castillo medieval derruido. Sobre su cima se erigen los nuevos edificios de la Universidad Católica de Antofagasta. A los turistas incautos, el guía les narra una fantástica historia colonial. Los antofagastinos sonríen. Es parte del itinerario turístico zonal, la visita a las ruinas de Huanchaca en las tradicionales victorias de la Plaza. Quizás por eso, demoré varios años en ubicar una

<sup>35</sup>Silva Narro, *Obra Cit.*, Ed. de 1911, p. 214.

<sup>36</sup>Las poblaciones fueron vendidas al Ferrocarril inglés de Antofagasta a Oruro y trasladadas a un sitio vecino a la Estación Antigua. Hoy continúa la jerarquía: el personal chileno habita en las modestas; el inglés en las mejores, con vista al mar. Como son de excelente madera —roble americano—, han resistido la polilla de la región.

<sup>37</sup>*El Capital*, Tomo I, Vol. 1, p. 157, de la Ed. Fondo de Cultura, México, 1946.

ficha-salario, que dice: "Compañía Huanchaca de Bolivia —Establecimiento de Playa Blanca— 201-405— Antofagasta". Al dorso: "Vale según Reglamento § 1". Es negra y antiestética, sin ningún adorno<sup>38</sup>.

Junto al sabio Darapsky, arribaron al salitre un gran número de alemanes. Algunos, laureados en diversas especialidades con el título académico de "doktor". Otros, con títulos simples: médicos, químicos, ingenieros, geólogos, contadores. Y la mayoría, sin ellos. Llegaban contratados por firmas salitreras de Hamburgo y Bremen: "H. B. Sloman y Cía.", "J. Gildemeister y Cía." y "Fölsch y Martin".

Es conocido que el capitalismo industrial germano llegó tarde al reparto internacional de los mercados y fuentes de materias primas. Al fin, también había llegado atrasado a la revolución industrial. No pudo partir en sus etapas iniciales como Inglaterra y después Francia. Sin embargo, suplió la demora con tenacidad, auxilio inglés y estudio. Después de 1870, era tan fuerte o más que sus modelos.

En Chile, las inversiones británicas comienzan en los mismos años de la Guerra de Independencia. El primer empréstito chileno fue colocado por Irizarri en Londres bajo el Gobierno de O'Higgins. Las primeras faenas mineras en escala mayor en el cobre y la plata fueron capitalizadas por británicos. Con esa tradición y prestigio, North pudo, en la década de 1880, mediante un golpe de audacia, ser el Rey del Salitre. En cambio, Gildemeister, debió comenzar por abajo. Vendió por cuenta de otros. Estableció bodegas. Estuvo en el negocio del huano y de la azúcar. Anticipó fondos a cuenta de futuras mercaderías, es decir, "habilitó"<sup>39</sup>. Hasta que pudo emprender extracciones directas. En la época de las "paradas", descubrió que era mucho mejor negocio ser propietario de un yacimiento y tener coolíes y "pongos" que efectuar préstamos o anticipos sobre próximas extracciones o cosechas; aunque el cálculo acostumbrado en la "habilitación" fuese "a medias", a una utilidad neta del cincuenta por ciento del precio de venta de las mercaderías. Después de la Guerra del Pacífico, aprendió de North que era necesario industrializar, modernizar, las faenas. Y transformó su firma en la *Salpetewerke Gildemeister A. G.*, de Hamburgo, acuñando excelentes fichas-salarios.

Lo mismo hizo Fölsch y Martin: pasó a ser la "Compañía Salitrera Alemana", con fichas-salarios metálicas.

Fallecido North, la disputa por su cetro fue áspera. Todos quisieron heredar su corona. El más hábil fue un comerciante de origen inglés, Sloman. Se trasladó al mayor mercado consumidor de nitrato de sodio: Alemania. Fue el máximo proveedor de los agricultores dedicados a la siembra del tubérculo azucarero. Ganó prestigio y supo adaptarse al carácter alemán. Unió la técnica británica al espíritu germánico. Edificó en el centro comercial de Hamburgo uno de los mayores edificios del gran puerto: el rascacielo Chile o del Salitre. No sólo le sirvió de escritorio comercial, sino, además, de centro difusor de cultura: poseía una biblioteca envi-

<sup>38</sup>El ingeniero Germán Ave Lallement era el corresponsal de Engels en la zona austral de Sudamérica. Dejó un interesante estudio de los métodos de trabajo en las minas de plata de América del Sur. *El Paramillo de Uspallata*, Buenos Aires, 1890. Los compara con los descritos por Diodoro de Sicilia en la Antigüedad euroasiática. Como ingeniero de minas en Uspallata, examinó los sistemas en uso desde la época colonial. Según el Abate Molina (1788), era la mina más rica de aquellos tiempos. De acuerdo a los estudios de Lallement, sólo esclavos podían trabajar esas faenas. El gran historiador norteamericano Lewis Hanke, director de la *Hispanic American Historical Review*, sin mencionar a Lallement, pues su estudio es sobre Potosí, confirma por completo al corresponsal de Engels. Además, gran parte del tráfico de araucanos estaba destinado a las minas de plata: Uspallata y, sobre todo, Potosí.

<sup>39</sup>La "habilitación" minera y agrícola como fuente de acumulación de grandes capitales, fue analizada por nosotros en un plano explorativo en *El Desarrollo del Capitalismo en Chile*, Pacífico, Santiago, 1953. En la Segunda Edición, en preparación, daremos un examen en mayor profundidad.

diable sobre temas chilenos. Quiénes lo conocieron afirman, con absoluta seguridad, que tal era el control de sus negocios que, junto al examen prolijo de los problemas técnicos, día a día, pasaba por el famoso barrio "pecaminoso" San Pauli, en dirección a los muelles. Así podía, de una sola vez, inspeccionar tanto la responsabilidad o la distracción de los marinos de la línea P de veleros, como conocer la precisión o el atraso en sus itinerarios de navegación hacia la costa chilena.

La misma acuciosidad y técnica existía en sus "oficinas" salitreras. La más importante, Rica Aventura, de Tocopilla, era un modelo de organización teutónica. Tenía hospital con sala de cirugía —muy raro en la Pampa—, una botica, un teatro filarmónico, con un excelente piano "Steinway and Sons" y "centenares de banderas, banderolas, faroles chinoscos, etc."<sup>40</sup>. La Iglesia era magnífica, "con un armónium de primer orden e imágenes de santos encargadas directamente a Europa"<sup>41</sup>.

La jerarquía era estricta. Todas las plantas dependían del Administrador General, el "doktor" Conrad Behn. La "oficina" principal, Rica Aventura, de otro "doktor", Friederich Müller. La contabilidad, de Karl Riesle, ayudado por G. von Bischoffshausen. Después, en exacto orden descendente: el ingeniero Joseph Schott; los ficheros Kurt Neuman y Karl Becht; los bodegueros Johannes Grep y su ayudante don Juan Zamudio. Después, siempre en escala descendente, el electricista, el químico, el jefe de máquinas, el "corretor", el boletero, el telegrafista, los "pulperos", el recovero, los dos preceptores (maestros) y el maquinista del Tranque Sloman, don Otto Matte. Y, en nivel aparte, el médico residente Leo Preuss. Datos fidedignos absolutos<sup>42</sup>.

Si las compañías chilenas e inglesas habían aplicado técnicas de lixiviación y un sistema racional de fichas-salarios, muy lucrativos, debemos a dos alemanes el mejor estudio de *La Industria del Salitre en Chile*<sup>43</sup>. Es un informe académico. Describe con prolijidad la estructura química del caliche, los procedimientos para lixiviarlo y el régimen de trabajo. En un capítulo analiza la ficha-salario. No la alaba —la crítica—, pero trae la explicación patronal: evita los robos, los gastos superfluos del personal y los viajes a los bancos en el día de pago.

Sloman, aconsejado por sus técnicos, perfeccionó el sistema. En todas sus "oficinas" estableció una Caja de Ahorros, dependiente de la contabilidad general. En ella, podían depositar "pequeñas sumas mensuales que van capitalizando con los intereses como si estuvieran en un banco, y que pueden retirar el día que abandonen la oficina"<sup>44</sup>. Excelente procedimiento para disminuir los costos y la inversión monetaria en la empresa. El capital colocado en la "pulpería" era disminuido en la misma proporción de los ahorros. Además, lo que no era posible de recuperar en la "pulpería", permanecía el mayor tiempo posible sin convertirse en dinero corriente.

Sloman hizo escuela. Pronto el resto de las compañías —todas con un gran personal soltero, de gastos limitados en el período de trabajo, pero aficionados a la juerga de tiempo en tiempo—, vieron la ventaja de la caja privada de ahorros. De acuerdo a las costumbres pampinas, todo el personal solicitaba con la debida anticipación —dos meses— cambiar sus fichas por dinero legal. Para divertirse unos y

<sup>40</sup>Silva Narro, *Obra Cit.*, Ed. 1909, Universo, Santiago, p. 302. Hacemos notar que las informaciones de este autor son oficiales: entregadas como avisos por las compañías. El único dato que no figura en Silva Narro es la marca del piano: proviene de un anciano pampino.

<sup>41</sup>Silva Narro, *Obra Cit.*, Ed. 1909, pág. 302.

<sup>42</sup>Silva Narro, *Obra Cit.*, Ed. 1909, p. 302. La otra edición utilizada, 1911, tiene datos muy semejantes. La *Guía*, de Silva Narro, comenzó en 1897, pero sólo para Tarapacá, después se amplió para Antofagasta.

<sup>43</sup>Hay traducción chilena, Santiago, 1908.

<sup>44</sup>Silva Narro, *Obra cit.*, Ed. 1909, pág. 302.

para enviar dinero a sus familiares los otros (los menos). Con el aliciente, con la atracción, de guardar para tiempos difíciles, la mayoría se veían atraídos por el ahorro.

Dos comisiones nacionales trataron de impedir esta competencia desleal a la Caja Nacional de Ahorros: *La Comisión Consultiva del Norte* en 1904 y la *Comisión Parlamentaria* de 1913<sup>45</sup>. No obtuvieron mayores resultados.

Sin embargo, las "oficinas" Sloman dejaron una herencia museológica importante: acuñaron las fichas-salarios más macizas. Todas de metal. Las hay de bronce, de acero y de metal blanco. Son magníficas muestras de la calidad fundidora de la industria alemana. De muy dura aleación y muy pesadas. Con facilidad rompen un buen bolsillo. Obligan a guardarse. Las de \$ 100 son joyas numismáticas. Las de \$ 5, grandes de bronce. Muy buscadas para refundirlas y fabricar objetos de orfebrería artística. Y muy solicitadas por los aficionados al deporte de la rayuela. Son tejos impecables. Es tal su presentación, que un comerciante del Mercado Pensa de Santiago me pidió diez escudos por una. No aceptó contraoferta. Debí contenerme. En parte, el mercader tenía razón. ¿Cómo valorizar en una cantidad menor esa ficha-salario si era, en su proporción, el origen de los florecientes balances de la compañía salitrera emisora?

Hice bien en contenerme. Tiempo después, un distinguido alumno, feliz con el resultado de la preparación de un examen de bachillerato —nota 7 en historia—, me donó una.

En una publicación británica, *Impresiones de la República de Chile en el siglo xx*, muestra de artesanía tipográfica —papel couché fino, cantos dorados, pasta de becerro— su redactor comercial expone las quejas de los inversionistas de su patria, descontentos por no haber obtenido el éxito alemán. Muestra que en un año dado, 1913, fecha fatal, las "New Paccha" y "Jazpampa" —"oficinas" salitreras— sólo pagaron un 35% de dividendo y "esto revela una reducción comparado con el dividendo del 40% repartido en el año anterior"<sup>46</sup>.

En otros aspectos, también tiene alguna razón. En su detenida revista de las actividades económicas de Tarapacá y Antofagasta, no le da importancia a las otras actividades mineras. Apenas de paso cita el cobre, el bórax, la plata y el manganeso. No es de extrañar. Cuando la revolución industrial europea exigió de América Latina sus minerales, envió grandes capitales para extraerlos. Pero sólo muy ocasionalmente, apenas en dos o tres años, se logró recuperar el dinero invertido en totalidad. En el resto del tiempo, el beneficio fue muy menor: 30% anual. El éxito de dos o tres años de la "Copaquire Copper Company", de la "Collahuasi Co." de la "Phoenix Co." de Tocopilla y de la "Borax Consolidated" en la primera década del 1900, no autorizaba demostrar demasiado entusiasmo. Era perder la tradicional prudencia británica. Esos metales y el metaloide no pagaban impuesto de exportación.

Desde mi ángulo, el numismático, su actitud de reserva está justificada: las fichas-salarios que emitieron son bastante vulgares. Las cupríferas, rojas y las borateras, de un matiz amarillo terroso, bastante desagradable.

Lo mismo sucede con las acuñadas por el capital criollo. La parte chilena de

<sup>45</sup>*Comisión Consultiva del Norte*, compilada por Manuel Salas Lavaqui, por orden del Ministerio del Interior, Santiago, Imp. Cervantes, 1908, pp. 543 y siguientes: *Mensaje*, "presentado el 12 de octubre de 1903, sobre establecimiento de una Caja de Ahorros para obreros que trabajen en la elaboración, transporte y embarque de salitre". *Comisión Parlamentaria*, Cámara de Diputados, encargada de estudiar las necesidades de las provincias de Tarapacá y Antofagasta, Santiago, Zig-Zag, 1913, pp. 253 y siguientes.

<sup>46</sup>Página 454 del libro indicado. Impreso en Londres por Jas. Truscott, en 1915. Su publicación aparece bajo el patrocinio del Presidente Ramón Barros Luco y dirigida por Reginald Lloyd.

Huantajaya, de Enrique Mackenna; "Cachiyuyo" de Manuel Carrera Pinto y Cía., "La Sociedad Beneficiadora de Tocopilla" y la "Compañía Explotadora de las Salinas de Punta de Lobos", distribuyeron fichas semejantes a las borateras. Las más feas son de las "Salinas". Su mayor accionista, Arturo del Río, en vez de hacerlas blancas imitó el color de la "Borax". Del Río era senador infatigable por el norte. Balmacedista, jamás logró alcanzar la solvencia social, política y económica de los socios menores, chilenos, de North. La sal común no tenía la importancia nacional e internacional de la sal nítrica. En cambio, en los límites de su circunscripción electoral, el propietario de "Punta de Lobos" no tenía rival capaz de disputarle su sillón parlamentario. Había organizado una máquina completa. Desde el Prefecto de Iquique hasta las ventas de vino denominadas Club Social Liberal Democrático. Esto no significa que contase con simpatías verdaderas en el pueblo. Cuando Arturo Alessandri Palma desplegó su dinamismo, elocuencia y ataque a la ficha-salario, le arrebató su curul de senador.

Y a propósito de Parlamento, el mejor guía para conocer su trasfondo sociológico son las ya citadas *Impresiones de Chile en el siglo xx*. En su amplio panorama del país, aparecen el progreso minero, industrial y agrícola. Todo, expuesto desde el ángulo de los propietarios, por un equipo muy discreto de autores<sup>47</sup>. Como tales, sólo describen lo conveniente. No insinúan nada profundo. Tan discretos como una actriz sin dotes físicas naturales, pero no tonta: cubren su flaca humanidad con excelentes vestimentas. No mencionan la circulación de fichas-salarios; en cambio, entregan bastantes datos económicos y buenas fotografías. Abundan: bocaminas, andariveles, malacates, hornos, talleres, astilleros, ferrocarriles, barcos, almacenes, oficinas, haciendas, viñas y molinos. También figuran sus propietarios, casi todos clientes de Universo, en su sección fichas<sup>48</sup>. Por coincidencia, parece una galería de honorables senadores y diputados. Junto a una bocamina, está su director, un parlamentario. Mostrando su bella bodega de vasijas de robles y su viña de cepa francesa, se encuentra otro congresal. Observando su ferrocarril carbonero, un tercer parlamentario; vecino a una interesante monografía de la más importante compañía de vapores, una menos interesante biografía de su principal accionista, otro congresal. Y así sucesivamente. Sorprende, eso sí, una ausencia. A página completa, hay un mosaico fotográfico a la usanza de esos años. Presenta los variados aspectos de la "Maestranza y Fundición de Caleta Abarca" de Lever y Murphy. La más moderna de aquel Chile. Figura de todo: locomotoras del modelo exportado al Japón, puentes, algunos talleres y el primer barco de acero salido de su astillero *El Meteoro*. Sin embargo, no aparece el diputado salido de la industria: Bonifacio Veas.

¿Olvido freudiano? ¿Omisión deliberada? La respuesta la busqué en el libro mismo. Se trata de una obra inglesa, antes de todo. Para un británico está en primer lugar la sagrada *Biblia*. Veas, antiguo obrero de Lever y Murphy, no podía contar con el afecto espontáneo de un anglosajón: era ateo. Junto con su compañero de Partido, Luis Emilio Recabarren, se negaron a jurar sobre los *Evangelios*. En 1906, Veas, en público, frente al resto de sus colegas diputados, los declaró mitos<sup>49</sup>. Con cierta dosis de razón, algún crítico sociológico podría rechazar mi deducción psicológica.

<sup>47</sup>Entre sus colaboradores criollos están Guillermo Subercaseaux —*Hacienda y Banca*—, pp. 151 y siguientes; y Guillermo Rivera —*Constitución y Leyes*— pp. 124 y siguientes.

<sup>48</sup>En 1905 se fusionaron la "Imprenta del Universo", la "Litografía Gillet" y la "Imprenta Sudamericana". Constituyen la base de la actual "Sociedad I. y L. Universo".

<sup>49</sup>Ver la revista *Los Sucesos*, N° 199, junio 15 de 1906, Universo, Valparaíso. Su carátula es una caricatura del *Juramento*. En un número posterior, en página destacada a todo color, figura otro dibujo: presenta a Recabarren, como Jesucristo crucificado. Ver, también, el folleto de Luis Emilio Recabarren, *Mi Juramento*. Además, el *Boletín de la Cámara de Diputados*, Sesión del 2 de junio, pp. 22, 37 y siguientes.

Quizás, estaría en la verdad. Es posible que esa notoria exclusión provenga de una causa más honda. Por ejemplo: en esos años, ambos pertenecían a la fracción intransigente, incorruptible, del partido popular de la época, el Demócrata. Como si dijésemos hoy, al trotskismo. En particular Recabarren, después demostraría ser gran admirador de León Trotsky<sup>50</sup>.

Dentro de su discreción británica, los redactores del libro, admiradores de la Biblia, tenían el don de la profecía. En el caso de la "Compañía Exploradora de Tierra del Fuego", demuestran ser profetas del futuro de muchos magallánicos. Insertan fotografías de las estancias ovejeras y retratos de las casas particulares de diversos futuros parlamentarios.

Al fin y al cabo toda la obra es la impresión del redactor-jefe inglés sobre el parlamentarismo chileno.

Recién escrita, llegó la Primera Guerra Mundial. Todos los parlamentarios que menciona o retrata, sufrieron o gozaron las pérdidas o las ganancias propias de una conflagración. Algunos, por ejemplo, "Gildemeister" y la "Compañía Alemana de Salitres", fueron inscritos en la "lista negra". Pero la mayoría tuvo un delirio general por acuñar fichas-salarios. Hubo una demanda devoradora, infatigable, de sales, metaloides y metales.

Sin embargo, cuatro años más tarde se produjo el cansancio y su descanso obligado, la *Crisis* de Postguerra. Se guardaron para mejores tiempos los stocks de monedas de circulación privada de las compañías. También fueron despedidos los ficheros y clausuradas provisoriamente las "pulperías".

Paralización general, que no afectó al Congreso. Es el más verboso período del Parlamentarismo. La actividad en la Cámara de Diputados fue inusitada. Nunca fue tan voluminoso el *Boletín de Sesiones*. Jamás se había hablado tanto del Norte Grande. Los discursos, sus réplicas, contrarréplicas y dúplicas más los informes de las comisiones sobrepasan la capacidad de lectura del más paciente archivero. Creo que sólo mi querido amigo Alejandro Pizarro ha sido capaz de revisarlos meticolosamente.

Diversos oradores majaderos insistían en abolir la fuente más rica de la numismática nacional: las fichas-salarios. No voy a decir que tuvieran verdadero eco. No era tema novedoso. Sólo interesó a los preocupados de las teorías socialistas. A los antiguos obreros de las salitreras, les pareció un tema anacrónico. Bien o mal, añoraban en sus albergues de la capital los tiempos pasados en la pampa.

Poco a poco se hizo aburrido el edificio neoclásico que reemplaza a la incendiada iglesia barroca de la Compañía. Los octogenarios llegaron a comparar los sermones jesuitas a los discursos políticos. No encontraban diferencias de fondo. Los oradores, sin pensarlo, evocaban las sutilezas de la Escolástica. Las doctrinas políticas y las opiniones sobre la economía eran desmenuzadas con el fervor propio de la Patrística. Pero, nada, en suma, se solucionó.

En esos días, la mayoría de los habitantes de Santiago, sin la premura de los horarios —sin empleos—, preferían el calor natural que desprende el constante marchar por las calles, a la calefacción artificial —gaseosa— del Congreso. Este afán de callejear es una de las pocas tradiciones auténticas santiaguinas. Desde los años de don Manuel Montt y mucho antes, en los de Carrera y Rodríguez, la multitud metropolitana siente gran placer en reunirse, desfilar y avivar las consignas políticas.

<sup>50</sup>Ver: Luis Emilio Recabarren, *La Rusia Obrera y Campesina*, Talleres Agustinas 730, Santiago, 1923.

En las primeras décadas de la República, eran encabezados por el sable del guerrillero y después por la manta del tipógrafo Santiago Ramos<sup>51</sup>. En los tiempos del romanticismo social, por las capas y macfarlanes de Arcos, Lillo, el sombrerero Larrecheda y Bilbao. En el 1882 por los blusones de los artesanos presididos por Manuel Hidalgo (padre). Y ahora, en la década del 1920, a veces por jóvenes blandiendo un bastón de caña de la India. En otras ocasiones, por estudiantes menos elegantes, vestidos a la rusa o a la yanki. Con gorras a lo Lenin, capotes a lo Trotsky, o con "jockeys" al uso de los obreros dirigidos por Daniel de León, el jefe venezolano de la I. W. W. También solían sobresalir sombreros de gran ala, al estilo de los demócratas franceses y belgas<sup>52</sup>.

En Tarapacá, provincia de parecidas costumbres, desde 1888 y aun antes, no era menor el entusiasmo por desfilar, ir a los mítines y protestar a viva voz contra las fichas-salarios más otras peticiones<sup>53</sup>. A principios del siglo xx, Gregorio Trincado, Carlos Pezoa Véliz —su época de agitador—, Alejandro Escobar Carvallo, Ladislao Córdoba, José Briggs —la voz trágica de 1907— y Enrique Salas son inimaginables sin preparar reuniones. Recabarren se le reconocía desde lejos, por su mechón caído, bajo la sombra de un lienzo político. Su acompañante habitual era un autor y actor dramático, Aguirre Bretón, miembro de la sección española de la Internacional Obrera Socialista. También hubo un aficionado a las tablas, protagonista de sainetes como *Lucas Gómez* en cuadros teatrales de barrio que los seguía desde lejos. Por eso no fue invitado a la fundación de un nuevo partido que organizaron: el Obrero Socialista<sup>54</sup>. "Manejaba una sonrisa mecánica y cálida para todos", según su biógrafo novelista. Años más tarde, como su madre era directora de la escuela de Alto San Antonio, se autodenominó "hijo del salitre"<sup>55</sup>. Pretendía haber sido el conductor de las reuniones que alrededor de 1920 presidían Enrique Salas y Jorge Neut Latour. En realidad, fue famoso por su fama.

Aquí, todo se me empieza a confundir en tropel, como decía Darío. En 1925 aparecen unidos mis recuerdos de infancia, mis lecturas y mis investigaciones en una perfecta Babel. Fue una "belle époque".

Una mañana, mi padre me llevó a un homenaje al León de los obreros. Después, todos se dirigieron a la Quinta "El Frutillar". Los comensales estaban delirantes. No menos espontáneo era el entusiasmo de mi progenitor. Cada vez que exclamaban "¡Viva el León!" lanzaba su hongo al techo y mostraba su onda alessandrista.

<sup>51</sup>Ver Segall, *Las Luchas de Clases en las Primeras Décadas de la República de Chile. Anales de la Universidad de Chile*, N° 125, Santiago, 1962. Hay Separata corregida.

<sup>52</sup>Hubo tal costumbre de vestir a lo Trotsky que, un hombre de criterio amplio y no comprometido como era Tancredo Pinochet se aficionó a ello. Siguió usando su traje estilo Rusia Revolucionaria hasta su muerte. Otros hombres de semejante edad, como Clotario Blest, siguen usando jockey. Los antiguos senadores demócratas, el sombrero alón. "On revient toujours à ses premières amours", dicen en Francia. El primer libro de carácter ideológico político publicado por la FECH, en 1919, fue *El Bolchevismo Ante la Guerra y la Paz del Mundo*, de Trotsky, Ed. Numen, Santiago. El primer libro chileno específicamente marxista fue publicado en Antofagasta en 1921, por la Imprenta El Socialista. Es *La Tercera Internacional Comunista*, su carátula lleva a Lenin y Trotsky, y la primera página al candidato oficial de su Partido a la Presidencia en 1920, Recabarren.

<sup>53</sup>Ver el diario *La Industria*, Iquique, agosto de 1888.

<sup>54</sup>El Acta de Fundación fue publicada por el diario *El Despertar de los Trabajadores* y reproducida textualmente por mi revista *Nueva Cultura*, Santiago, 1944.

<sup>55</sup>Ver el *Anuario Zig-Zag*, Santiago, 1909, p. 77. Es interesante también la biografía novelada de V. Teitelboim, de gran finura irónica oculta. Muestra la calidad de espectador de su protagonista en las pp. 176, 335 y otras. Sobre su carrera de figura presidencial, la p. 139. Son muy instructivos los capítulos xviii, xix y xx. Particular atención debe demostrar el lector en el capítulo xl.

Yo aprovechaba para zamparme más frutillas que las permitidas. En mi niñez, frutillas y el León eran cosas ligadas. Mi padre era alessandrino incondicional. Asistía a todas las manifestaciones a su ídolo. Cerraba la fábrica y arengaba a sus obreros. Con sus amigos me hacía partícipe de sus acostumbrados almuerzos políticos en una quinta. Cada vez que podía, contaba con gran orgullo que don Arturo en sus diarios paseos por la Alameda, me acariciaba la frente.

Menos borrosos son mis años escolares. Supe que don Arturo debía su título a la guerra contra otro Arturo, del Río. Sin embargo, aun actualmente, prefiero asimilarlo a los personajes de Balzac. Leyendo al novelista francés descubrí que los jóvenes políticos de futuro prometedor, deslumbradores de los bulevares y de "Tout Paris", los denominaban "leones". Hoy se les continúa llamando así. En sus mocedades, André Malraux, Pierre Mendes-France y Charles de Gaulle eran "leones".

Una vez mi profesor de Educación Cívica nos dijo: "El Código del Trabajo es un hecho histórico. Es el resultado de diversas leyes y múltiples estudios. Su gestación cruza varias administraciones: desde Alessandri hasta Ibáñez. Recuerdo que nos leyó el *Artículo 24 del Título IV*.

"Los salarios de los obreros se estipularán y se pagarán en moneda de curso legal, bajo la pena de no ser válido el pago que se haga en otra forma".

*Epílogo para  
Historiadores  
y Literatos*

Se dice que las monedas y las medallas tienen otra cara. También la prohibición de las fichas-salarios tiene una faz —la decisiva— no inserta en el Código. El origen profundo de su prohibición no proviene de una votación parlamentaria. Tampoco de una simple iniciativa progresista del gobierno. Responde al desarrollo de la totalidad social de Chile, parte de la evolución social del mundo. En particular, es consecuencia de un siglo de movimientos sociales y políticos del país. Y, sobre todo, de sus momentos culminantes en el lapso entre 1920 y 1932. Aún años después de dictada una ley especial, siguió usándose el sistema de fichas-salarios en determinadas faenas.

En términos generales, el Derecho del Trabajo y su aplicación son incomprensibles sin el curso móvil y poderoso de toda la sociedad. Son partes indivisibles de la unidad dinámica que es una sociedad.

La resistencia combatiente del proletariado chileno a la circulación de monedas privadas de curso obligatorio en el almacén del propietario de las faenas atraviesa gran parte de la historia de la República. Sólo termina en las postrimerías de la gran Crisis de 1929-1934. Es un proceso histórico semejante al sucedido en el Perú, donde hubo también el régimen de fichas-salarios. Aun hoy, subsiste en más de alguna república centroamericana.

En nuestro país comienza la rebelión de los obreros en 1834, en Chañarillo. Cruza toda la nación. Paso a paso, año a año, surge la protesta hecha acción. Desde 1848 hubo motines en el carbón. Su causa: los precios de las "pulperías". Wheelright y Meiggs recurrieron a la fuerza pública para imponer la disciplina. Expulsaron de sus trabajos a los que protestaban por el valor de las mercaderías. En Carrizal y nuevamente en Chañarillo, en 1864 y 1865, hubo levantamientos. Hicieron noticias en 1872 y 1874 las huelgas de los tipógrafos, orientadas por partidarios de la Primera Internacional. Son parte de las comunicaciones recibidas por el archivo de Marx. Caracoles conoció repetidas protestas y paros. Huelgas en Punta de Lobos y Ascotán tienen como fecha a 1885. Motines, paros y mítines hubo en Pisagua, Iquique, Huara, Calama, Valparaíso, Santiago y Coronel en 1888. Dos años más tarde, en 1890, en forma espontánea, los trabajadores de casi todo el país saltaron una barrera increíble para la época: la huel-

ga general. Ese anticipo a las acciones masivas de la lucha social del siglo xx fue un drama superior al de Fuente Ovejuna. Más dramático: es una tragedia. Actuó la masa anónima. Sus jefes son definitivamente desconocidos. Ocultaron sus nombres bajo patronímicos familiares: “el Tío Luis”, “el Tío Humberto”, “el Tío Hernán”. Sólo he logrado saber que en su mayoría fueron miembros del Partido Demócrata de ese tiempo. Sucedió lo que Lope de Vega no necesitó dramatizar: ¡Cuántos cayeron! ¿Cuántos muertos hubo? La única petición era suprimir el pago en fichas o vales.

También fallecieron en las luchas contra la ficha-salario muchos que no eran obreros. Los comerciantes independientes, los faltos del camino —llamados contrabandistas— eran perseguidos a balazos por los celadores de las compañías. Además, a veces perdieron su vida en defensa de sus cargos, los “pulperos”. El exceso de fidelidad les atraía el odio. Más de una tragedia se inicia con el asesinato de un infeliz despachador de almacén.

Todos esos acontecimientos sociales tuvieron repercusión en la política general. Leyes represivas y fusilamientos. Campañas electorales y creación de partidos políticos. Fueron, en suma, el ascendente influjo de las masas en la vida chilena.

Es un largo proceso histórico que comienza con los grupos casi ácratas de Santiago Ramos, ya narrado por nosotros en un trabajo anterior. En 1850, la Sociedad de la Igualdad y su guía Santiago Arcos, cosechan la siembra de medio siglo de protestas y guerrillas aisladas. Las jornadas del 20 de abril de 1851 y la rebelión de la ciudad de La Serena —su gobierno igualitarista y sus jefes igualitarios— están diseñadas por las consignas del romanticismo socialista, esparcidas por la “primavera de los pueblos” de 1848. En particular, por los principios de la República Social Francesa de ese año. Son fragmentos de una onda innovadora que recorrió Europa y América. Pedro Félix Vicuña, secretario general de la campaña del General Cruz, proclamó a éste, “Presidente de la República de los Libres”. En 1858, Pedro León Gallo, un antiguo antiigualitario —combatió por Montt en las Jornadas del 20 de abril de 1851— levantó la bandera radical roja y tomó como insignia “al gallo francés”. En su lucha contra el centralismo y los impuestos a la plata y al cobre, fue proclamado candidato a la Presidencia. Su actitud culmina con la insurrección constituyente de Atacama. Años más adelante, tanto el terrateniente Errázuriz Zañartu como su rival, el minero José Tomás Urmeneta, pretendieron ser el candidato de los obreros<sup>56</sup>. En 1872 se crea en Valparaíso una sección de la Primera Internacional Obrera. Su portavoz fue Eduardo de la Barra. La mitad de su más extenso trabajo polémico —*Bilbao ante la Sacristía*— trata de “Política y Socialismo”. Es un cuadro histórico bastante brillante para la época. En estilo criollo: a veces, equívoco positivismo —defiende al socialismo y ataca al comunismo, etapas de un mismo movimiento ideológico—; en otras ocasiones, preciso, y en unas terceras, informado —conoce el trayecto de la utopía—; es la más avanzada posición intelectual chilena en el siglo xix. Escribió: “Mucho se equivocan los que creen que la Internacional es imposible entre nosotros”<sup>57</sup>. “Hoy el socialismo aparece bajo nueva faz; hoy se llama la Internacional... La base de su programa es la proporción de salarios”<sup>58</sup>. “Ni gobernantes ni gobernados debieran jamás olvidar la profunda máxima de Karl Marx, jefe de la Internacional, *No hay derechos sin deberes, no hay deberes sin derechos*”<sup>59</sup>.

<sup>56</sup>Ver: Segall, *Las Luchas de Clases en las Primeras Décadas de la República de Chile*. Ediciones citadas.

<sup>57</sup>Eduardo de la Barra, *Bilbao ante la Sacristía*, Santiago, 1872. Hay otras ediciones, pero trunca, falta la parte esencial, *Política y Socialismo*. En la Ed. cit., p. 389.

<sup>58</sup>Idem. Ed. cit., p. 338.

<sup>59</sup>Idem. Ed. cit., p. 240.

Cuatro años más tarde, Vicuña Mackenna fue proclamado candidato a la presidencia por "La Convención de los Pueblos". Su gira electoral fue un constante llamado a las masas. Las multitudes ovacionaron su cálida verba. Sus discursos vibrantes, salpicados de sarcasmos, atacaron tanto la desigualdad de clases como la demagogia de los propietarios de Atacama. De su rival, Pinto, dice: "deriva su mandato... del exclusivismo de clases, de la desigualdad social, del entronizamiento del favor privado"<sup>60</sup>. A Manuel Antonio Matta no le escatima epítetos: "un plagio miserable y estrafalario del verdadero radicalismo de Estados Unidos y de Inglaterra"<sup>61</sup>.

Una década más adelante, otra Convención proclamó un nuevo candidato del "pueblo": José Francisco Vergara. A fines del siglo, una tercera, a Vicente Reyes. Alcanzó la necesaria mayoría de electores; pero no pudo ser Presidente. Veinticinco años más tarde, las mismas fuerzas sociales y políticas condujeron a la victoria a Arturo Alessandri. Esta vez no sucedió lo mismo. No fue posible arrebatarle el triunfo. La verba del León era apasionada. La acción de las masas alessandristas, mucho más.

También en el trayecto de Chile surgieron movimientos independientes, autónomos, del pueblo. Hubo partidos de raíz y composición popular absoluta, con sus propios candidatos. Sin considerar los casos especiales —los grupos de Santiago Ramos, la Sociedad de la Igualdad y la Sección Chilena de la Primera Internacional— el primer partido auténtico de trabajadores —artesanos y obreros— es la *Sociedad Escuela Republicana*.

Emergió como la mayoría de los partidos populares de Chile. Como una escisión de partidos con fisonomía y declaraciones avanzadas, pero que ya sólo son la máscara antigua de un pasado olvidado. Un exterior, innovador y un contenido real, práctico, conservador. La *Sociedad Escuela Republicana* es un desprendimiento popular del Partido Radical, como éste lo fue del viejo Partido Liberal.

El núcleo popular santiaguino del Partido Radical —los miembros más destacados de las sociedades y cooperativas obreras y artesanas— vieron sus anhelos renovadores constreñidos por el Partido, ya histórico. Su junta directiva se oponía a la participación política directa de los jefes de los organismos populares. Y éstos se constituyen en partido independiente, o, por lo menos, en sus dirigentes. Desde el punto de vista sociológico, *La Sociedad Escuela Republicana* es el paso que va de los organismos de socorros mutuos a la militancia política popular directa. Orientó huelgas de sastres, tipógrafos, marítimos y mineros. Les reunió "cajas de resistencia" y los defendió en su periódico *El Precursor*. Desde su comienzo tuvo candidatos a parlamentarios propios: Pascual Lazarte y Donato Millán. Y de regidores, a Manuel Hidalgo (padre) y a José Agustín González. Logró hacer triunfar municipales. En Concepción, al historiador de la Araucanía, Horacio Lara y en Chillán, al dirigente mutualista Isaías Ramírez.

*El Precursor* es el primer "órgano de los obreros" con ideología militante y partidaria organizada<sup>62</sup>. Publicó en forma de folletín *La Leyenda del Trabajo* de Meli Martín, *Las Ventajas de la Asociación* de Antonio Santibáñez, *Los Tesoros del Trabajo* de Manuel Hidalgo (p) y la *Historia de las Sociedades Obreras en Chile* de Francisco Prado. Traía noticias de huelgas tanto de los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia como de los sastres y tipógrafos chilenos. En sus notas infor-

<sup>60</sup>*El Viaje del Señor Benjamín Vicuña Mackenna a las Provincias del Sur*, Valparaíso, Imp. de la Patria, 1876, p. 50.

<sup>61</sup>Idem., p. 65.

<sup>62</sup>EL PRECURSOR, "órgano de los obreros", como se autodefinía, apareció como semanario el 26 de febrero de 1882. Tiempo después se transformó en bisemanal. En los últimos números que conozco, anunció convertirse en diario. En el ejemplar final de la colección que utilizo, posiblemente trunca, de fecha 21 de octubre de 1882, llama a convocar un Congreso Amplio de los Obreros de Chile. Acontecimiento importante, que se realizó posteriormente.

mativas publicó tanto extractos de sesiones de las sociedades obreras como detalles de sus actividades. Criticó las negligencias de algunas y aplaudió la energía de otras. Un número contiene un emotivo homenaje a Fermín Vivaceta. Y otro, pide las tierras del Estado para los soldados de la Guerra del Pacífico. A veces, le preocupó la protección aduanera a la industria chilena y en otras ocasiones, la defensa de los derechos políticos y de petición obreras. Atacó la intervención electoral del gobierno, indignado contra la *Sociedad Escuela Republicana* por presentar candidaturas de clase. El afán de *El Precursor* fue darle independencia económica y política a los "obreros".

Diversas disidencias internas dieron fin a la *Sociedad Escuela Republicana* y, en consecuencia, a *El Precursor*. Sin embargo, sus militantes y periodistas se unirán más tarde a la izquierda de la Juventud Radical, que se escindió de su partido, para formar el Partido Democrático o Demócrata.

El nuevo partido agrupó a los más preparados artesanos, a los más activos jóvenes y los más luchadores obreros. Su programa fue elaborado en una línea doctrinaria liberal democrática por Malaquíás Concha. Con rapidez se amplió en escala nacional. Obtuvo diputados, senadores y ministros. Sus agrupaciones provinciales publicaron diarios y pasó a ser una fuerza viva en la política chilena. Pero el propio desarrollo del país fue creando las bases para futuras escisiones. Cada nuevo avance hacia la industria moderna, cada nuevo gran yacimiento minero en explotación eran nuevos pasos hacia la diferenciación social de los demócratas. El desenvolvimiento productivo fue separando a la pequeña burguesía —artesanos y comerciantes— de los obreros específicos. Como es lógico, esto se proyectó a las líneas y posiciones del Partido. El programa y los métodos de acción conducidos por Malaquíás Concha respondían socialmente a las aspiraciones de la pequeña burguesía, dando lugar a las críticas de los obreros y demócratas más avanzados. Se fueron diseñando dos perspectivas opuestas. Una, que apoyaba con firmeza la acción programática del fundador. Y otra, que colocándose en los nuevos tiempos y en las nuevas ideas, aspiraba a modificar en dirección socialista la línea partidaria. Los primeros choques dieron resultados halagadores a los avanzados: lograron el apoyo de las mayorías en las asambleas; pero la vieja dirección se encargaba de anular los acuerdos. Es así como desde 1895 se segregaron los elementos más idealistas. De ellos surgió primero un *Partido Conversionista*, cuyo programa restringido era la conversión metálica y el fin del sistema de las fichas-salarios. Después, emergieron otros de mayor consistencia ideológica, aunque también de vida efímera: el Partido Obrero "Francisco Bilbao" y, a fines del siglo, bajo la influencia de Ingenieros y Lugones, las Uniones Socialistas. Hubo, además, en el filo del 900 un Partido Socialista como tal.

En 1912 se produjo en el Partido Demócrata una división más importante. Las asambleas más avanzadas —Iquique, Viña del Mar, Santiago y Punta Arenas— con mayoría obrera y de jóvenes no aceptaron la intervención electoral de la Junta Directiva. Don Malaquíás Concha y su sucesor, Bañados, querían imponer sus propios candidatos. La Asamblea de Iquique ya había proclamado, por mayoría absoluta, candidato a diputado a su Presidente Luis Emilio Recabarren. No aceptaron al candidato oficial nombrado desde Santiago. La Asamblea de la capital, presidida por Manuel Hidalgo (hijo), se solidarizó con la nortina. Y ambas se declararon secciones del Partido Obrero Socialista. En el período electoral inmediato, el nuevo partido obtuvo el primer regidor socialista de Chile: el Presidente de la Asamblea de Santiago, Manuel Hidalgo (h).

Pasada la Primera Guerra Mundial se adhirieron a la III Internacional. Cambió el tipo de organización de asamblea, el nombre y la doctrina. Con el apoyo de la Federación Obrera de Chile adquirieron fuerza en todo el país. Los diarios de la

FOCH le sirvieron de portavoces. Tuvieron senadores, diputados y después, ministros. Pero, con ese transcurso, a igual que el Partido Demócrata, al aumentar su influjo electoral, adquirió la inercia natural de todo cuerpo consolidado. Los compromisos nacionales e internacionales estabilizaron su dirección. Se transformó en partido histórico. Mantuvo la faz de avanzada; pero su contenido fue evolucionando hacia la moderación. De tiempo en tiempo, cada tendencia que hace hincapié en esa dualidad, debe escindirse. La primera escisión se produjo en 1931. La mayoría del partido fue expulsada. Debió crear un nuevo Partido. Terminó por integrarse en el joven Partido Socialista, fundado por Eugenio Matte en 1933. También éste debió sufrir los avatares del crecimiento; sin embargo la considerable dosis de conciencia ideológica aportada por los integrados, le permitió su rearme moral. Su fruto visible es la original situación política de la izquierda chilena de hoy.

Paralelo al movimiento político popular, desde 1881 existe la corriente anarquista. En esa fecha, llegó al país "un núcleo reducido de internacionalistas de Montevideo" ... "poco tiempo después comunicaron a la Federación del Uruguay la organización de dos secciones, en Valparaíso y en Santiago de Chile" escribió José Ingenieros en el *Almanaque Socialista de la Vanguardia para 1899* de Buenos Aires. Pertenecían al sector Jurasiánico —bakuninista— de la Internacional. A ellos, se agregó un español residente en Iquique, Manuel Chinchilla. Fue un exilado que hizo relativa fortuna en la capital salitrera del pasado. Debió huir de su patria, después del fracaso de la rebelión "cantonalista" de Andalucía y Valencia. Acción libertaria, federalista, bakuninista, ahogada en sangre por la República del orador Castelar. Los líderes sobrevivientes debieron expatriarse; pero conservaron sus ideales, adictos a los métodos de Bakunin.

Disuelto el sector marxista de la Internacional en 1874, los jurasianos se movieron con éxito en los países latinos. En Chile, por ejemplo. Primero, ingresaron a la Sociedad Tipográfica de Valparaíso y a la Unión de Tipógrafos de Santiago. Después colaboraron en *El Precursor*. Para más adelante, participar en todas las huelgas hasta 1927. El primer periódico ácrata chileno que conozco es *El Oprimido* de 1893, editado en Santiago y Valparaíso. Es el órgano que preparó la poderosa acción sindicalista anárquica de las primeras décadas del siglo. A los ácratas se debe tanto la mayor parte de la organización obrera como la gran I. W. W. de ayer. Además, la bella herencia literaria que va desde Acevedo Hernández a Oscar Castro y desde González Vera a Manuel Rojas.

Estos procesos sociológicos, desde 1900 han tenido su proyección en la polaridad política que producen las elecciones presidenciales. Es así como el Partido Socialista del 900 proclamó al General Del Canto. El Partido Socialista Obrero, a Luis E. Recabarren. La Babel de 1925 se tradujo en la Unión de Asalariados de Chile, cuyo presidenciable fue José Santos Salas. Los más intransigentes, por algunos días, sólo quisieron saludar la bandera: fue candidato de la vanguardia partidista el poeta Vicente Huidobro.

Como es lógico, tanto los graves problemas creados por la ficha-salario y la resistencia popular como sus efectos políticos y el desenvolvimiento de los partidos de vanguardia, inquietaron a los gobiernos chilenos. A manera de ejemplo, recordaré la acción reformista desde 1904, en el problema de las fichas-salarios.

El presidente Riesco y su Ministro del Interior, Rafael Errázuriz Urmeneta, organizaron una Comisión Consultiva del Norte. En la sesión del 10 de mayo fue acordado presentar un proyecto de ley que redactaron Manuel Salas Lavaqui y Paulino Alfonso. En su *Artículo 3*: "Se prohíbe la entrega de fichas, vales, órdenes contra el almacén ... El pago en cualquiera de estas formas se reputará no efectuado ... se

castigará con una multa... y en caso de reincidencia, con la pena de prisión en cualquiera de sus grados"<sup>63</sup>.

Tres años más adelante se declaró la huelga general en Tarapacá. El paro y su cruento final tienen, en suma, un solo motivo: las fichas-salarios. No me detendré. Hay tanto una magnífica narración en estilo tolstoyano como diversas crónicas de Joaquín Edwards Bello. Joaquín, como el gran cronista chileno, es informado. Como Edwards, conocedor de los trasfondos. Y agudo como Bello, más de una vez ha relacionado la masacre con el Presidente Montt y a éste, con el salitrero Granja<sup>64</sup>.

En 1913, otra Comisión —Enrique Oyarzún, Ismael Vicuña Subercaseaux, Juan Enrique Concha y Ruperto Alamos— quiso dar fin a las fichas-salarios. Redactó otro proyecto de ley. Semejante al anterior. Su *Artículo 1* determina: "Los salarios... deberán estipularse y ser pagados en moneda metálica o fiduciaria con curso legal"<sup>65</sup>.

Ni este proyecto de ley, ni el anterior surtieron efecto. Son parte del depósito, osario o Archivo del Congreso.

Por el contrario, una "oficina", Germania, de la Compañía Salitrera Alemana, acuñó una ficha desafiante, insólita: en uno de sus lados está grabado el perfil de la esposa del Kaiser.

Pero, cuatro años más tarde, efectos imprevistos de la Primera Guerra Mundial aventaron la mayor parte de los fundamentos de la sociedad tradicional. De la victoria de unos emergió una *crisis económica*. De la derrota de los otros, profundos cambios sociales. De los países vencidos, donde el trono era casi el espíritu nacional, surgió la república: Alemania, Austria y Turquía. Ya había desaparecido el Imperio de los Zares y su régimen de propiedad. Renacieron naciones olvidadas bajo el polvo de la historia: Checoslovaquia, Yugoslavia y Polonia. Fue una tempestad impetuosa que hundió las naves del siglo xix.

En Chile ascendieron las luchas políticas casi al nivel de las sociales. Cambió el rostro constitucional de la nación. Los que carecen de la suficiente profundidad analítica sólo ven en la nueva carta fundamental el fin del parlamentarismo. En cambio, aquellos que escapan a la simple visión superficial de las estructuras jurídicas descubren en ella los primeros rasguños a los principios de propiedad. Autoriza la expropiación con fines sociales y se prevé un código del trabajo. Sin embargo, más importante que sus aspectos jurídicos es ser consecuencia legal de una rebelión frustrada de las masas. Las prédicas innovadoras, hasta entonces sólo escuchadas por pequeños grupos, pasaron a ser la conciencia colectiva. Las voces precursoras de Arcos, De la Barra, Pezoa Véliz y Recabarren adquirieron fuerzas de masas. El fervor y la pasión vanguardistas se realizaron en la movilización de las multitudes. Sin embargo, no fue la auténtica masa quien eligió sus conductores y orientó la Nueva Constitución. Fue la Alianza Liberal quien llamó a las masas, pasando a ser alessandristas. El lapso de 1920 hasta 1932 es un ciclo histórico de esperanzas y desilusiones. Es un período que define a Chile como un país de conmociones sociales frustradas. Un foco potencial, pero sólo potencial de un verdadero desarrollo moderno. Sin embargo, a pesar de esa frustración, todo eso dio fin al régimen de fichas-salarios.

La crisis social también fue una crisis del espíritu. Se vertió en el intelecto. Las figuras de mayor relieve dejaron de tener fe en los valores consagrados. La vieja

<sup>63</sup>Comisión Consultiva del Norte, compilación de Manuel Salas Lavaqui, Santiago, Imp. Cervantes, 1908, p. 35.

<sup>64</sup>Joaquín Edwards Bello, *Respecto de los Sucesos de Iquique en Diciembre de 1907*, diario "La Nación", 27 de agosto de 1952, Santiago, y *Sucesos de Iquique*, Idem, 28 de agosto de 1952.

<sup>65</sup>Comisión Parlamentaria Encargada de Estudiar las Necesidades de las Provincias de Tarapacá y Antofagasta, Tall. Zig-Zag, Santiago, 1913, p. 41.

sociedad entraba en su ocaso. Los pensadores buscaron nuevos caminos. Así como la masa tomó conciencia de su fuerza, orientándose hacia la toma del poder, también era lógico que sus pensadores cogieran nuevos principios para interpretarla.

Mientras una parte de la generación de postguerra siguió la ruta fácil de honrar al pasado precursor, la otra buscó lo nuevo, lo desconocido. Los unos miraron hacia una evolución creadora, sólo reformista, hacia Tolstoi, Bergson y Tagore. Los otros, hacia una vanguardia innovadora, radical, que todo lo consideró por hacer.

En nuestro suelo, los hombres más lúcidos del 1920 se abrieron a esos dos horizontes del mundo. El filósofo Enrique Molina tanto divulgó a Bergson y a William James como recordó la ácida crítica del Dr. Valdés Canje al Chile del Centenario y sus fichas-salarios. Neruda rindió homenaje anónimo a Tagore. D'Halmar y Escobar Carvallo comenzaron a narrar sus experiencias juveniles tolstoyanas y anarquistas, en sus colonias utópicas del 1905. La misma invocación del pasado romántico apareció en los labios inexpertos de los muchachos y muchachas liceanos: recitaron con vibración las estrofas estimulantes de Pedro Antonio González y *La Nueva Marsellesa* de Víctor Domingo Silva. Y junto a todo eso —sólo honras a los precursores— otros, los más profundos, luego más audaces, lanzaron valores nuevos. Del fondo de las conmociones sociales ascendieron nuevos ideales y nuevas expresiones. Manifiestos medulares y cantos vigorosos tocaron las fibras más sensibles de la auténtica nueva generación. Fueron las creaciones de aquellos que reemplazaron los mensajes delicados de Tolstoi, Tagore, Rodó y los toques de clarín de Darío y de Lugones por la energía combatiente. De Rokha revolucionó la poesía con *Los Gemidos ácratas*. Huidobro, en sus manifiestos creacionistas llamó al HOMBRE TOTAL, al humanismo integral. El poeta de las *Flores de Cardo* y *Los Pájaros Errantes*, Pedro Prado, en nombre de *Los X*, publicó *Bases para un Nuevo Gobierno y un Nuevo Parlamento*. El inspirador de Escobar Carvallo, José Ingenieros, aclamó *Los Tiempos Nuevos*, que resonaron en la Federación de Estudiantes de Chile. Dejó de aparecer la revista *Juventud* y se propagó *Claridad*. Un viejo historiador, Domingo Amunátegui, finalizó su vida modificando sus principios. En 1932, aparece su *Historia Social de Chile*.

Hoy, en nuestro país, es posible examinar sin resistencia la ficha-salario. Es la imagen de todo un siglo de vida nacional, ya superado.

Postfacio para  
filósofos

El concepto de salario implica diversas abstracciones. Para algunos, la categoría dinero es parte de la Filosofía. Platón en *La República* estudia la riqueza y su contrario. Aristóteles, más preciso, determinó la diferencia entre "el valor de cambio, la moneda y el valor de uso". En *La Política* examinó qué es necesidad y qué es instrumento de cambio. No sin razón, un clásico de la Economía Política, Adam Smith, escribió la *Teoría de los Sentimientos Morales*. Y Proudhon, casi una teología del tema: *Filosofía de la Miseria*. Marx, retornando a la herencia aristotélica, debió refutarlo de inmediato. El dinero, el salario y el capital no son elementos metafísicos, ni inherentes a la naturaleza humana. Son funciones, relaciones mercantiles, que pasan a ser objetivos en sí mismos por un proceso de enajenación del trabajo. El valor de cambio —el dinero— es una alienación del esfuerzo humano. Una creación del hombre que se torna más poderosa que su propio creador. Una "teurización", un sincretismo aurífero que convierte al trabajador en un instrumento.

Los análisis platónicos, aristotélicos, smithianos y marxistas pueden sorprender a los epígonos tardíos de Husserl y a los secuaces del "academicismo moscovita". No están acostumbrados a los exámenes de fundamento y raíz. Sin embargo, la actitud

analítica de profundidad de los clásicos, es la norma propia de todo estudio serio. Todo aquel que va a las fuentes y escapa a la propaganda superficial cala hondo. El análisis fundado en la teoría del valor es válido tanto para los países capitalistas como para la Unión Soviética. Y, desde luego, para Chile.

Los pensadores chilenos —Pedro Félix Vicuña, Lastarria, Bilbao, Abasolo y los Lagarrigue— sin el alcance de sus respectivos maestros, también inquirieron en los problemas sociales. Vicuña —un rico minero y utopista— descubrió *El Porvenir del Hombre* en el crédito bancario sin intereses. Lastarria —enriquecido en la minería— atacó al socialismo. Bilbao buscó la felicidad de los pobres en el sentido hegeliano de la historia. Abasolo —gran conocedor de Kant y Hegel— comenzó su labor de publicista con *Ricos y Pobres* y la termina defendiendo *La Personalidad*. Los Lagarrigue en múltiples cartas sociocráticas llamaron a la concordia social y al progreso. Pero ni Vicuña, ni Lastarria, ni Bilbao, ni Abasolo, ni los Lagarrigue analizaron la ficha-salario. Cuatro de ellos, por el contrario, las usaron.

La ficha-salario es también una enajenación del trabajo; pero, más opresiva aun, que la moneda corriente, "teurizadora del hombre". Es un valor de cambio, válido sólo en los reducidos márgenes geográficos de la hacienda, la mina o el establecimiento fabril. O, en un sentido estricto, en los límites de un almacén determinado, exclusivo y excluyente. Es una alienación económica llevada a sus extremos máximos posibles. Representa al hombre constreñido a vender su fuerza por valores de cambio sólo válidos en consumos. Inconvertibles en moneda de circulación corriente. Es, además, el origen social de las mayores fortunas de Chile y de grandes riquezas extranjeras. El concepto de plusvalía, entendido como trabajo no pagado, tiene su forma más perfecta en la ficha-salario. Una fuente olvidada de la acumulación del capital en Chile es el valor de cambio sólo útil en el almacén del establecimiento emisor.

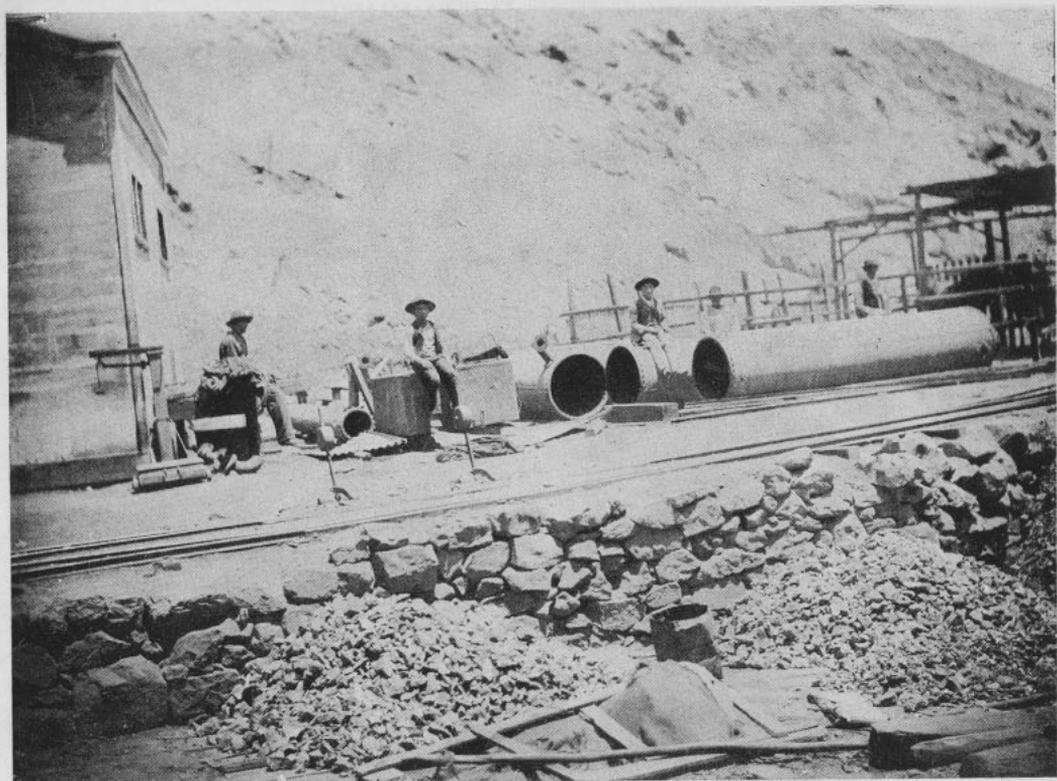


Huelguistas en la Barra del Empresario Meiggs en 1856. Construcción del ferrocarril al Sur

(Foto tomada en Chile)



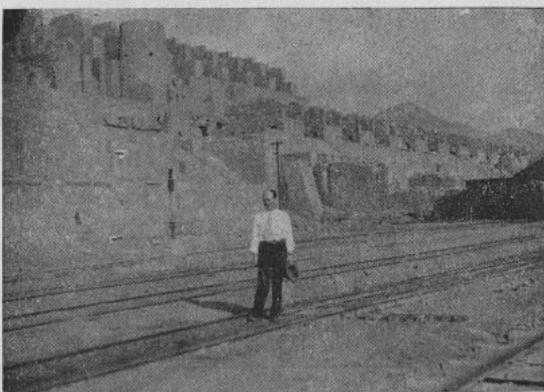
Huelguistas reos en Freirina en 1878. Sus apariencias aborígenes originan equívoco psicológico; pero son etnográficamente precisas. Los rasgos atacameños los puso en relieve el régimen penal e higiénico de la época. (Foto tomada por el empresario minero inglés de Huasco, Mr. Craig).



Coolfes en Gatico, 1867



Carrizal y sus fundiciones, 1875. No existe.



El autor bajo las ruinas de la Fundición Huanchaca - Antofagasta



Ficha-Salario de Huanchaca

10 CENTAVOS **EL PRECURSOR** 10 CENTAVOS

Periodico semanal - Organo de los Obreros

**AL PUBLICO**

Nuestra publicacion aparece una vez por semana en la forma que hoy le damos a luz. El valor de la insercion por cada columna es de 40 centavos, pago adelantado, y el primer numero de cada mes. Las personas que deseen publicar articulos podran insertar 10 lineas por cada linea por la primera insercion y 5 centavos por las siguientes.

**FUNDOS DE RESERVA**  
Cajonera del Colegio Alemano, al cuidado de sus alumnos.  
Donaciones de Roberto Miranda, Baudes, \$100.00  
El segundo numero aparecerá el sábado 11 de marzo proximo pues sufrimos una interrupcion.  
Para todo lo relativo a este publicacion dirigirse a su editor.

AMERIC VARGAS  
Baudes 21 M.

progreso de su pais. Alentados por esta santa aspiracion de nuestros compañeros i convencidos de la benéfica influencia que la prensa ejerce en los pueblos libres, siempre que éstos sepan servirse de ella, hemos resuelto emprender esta obra que, si es cierto que carecerá mucho, muchísimo de retórica i frases elegantes, no es ménos cierto que le sobrará energía para levantar bien alto el estandarte de la verdad, de la verdad desnuda, sin ambages ni rodeos de ningún género; sobre todo cuando se trate de dar a conocer la condonación que observan aquellos que se denominan protectores de la industria nacional o amantes del <sup>establecimiento</sup> ~~establecimiento~~ éste cuando se desvia que le traza la moral que ha alcanzado el.

Que esta verdad, nuestro camino de ir, el cual, no lo dudamos, e importantes servicios está llamado a ser no nos darán fuerza i alientos para vencer e i seguir adelante con resuelto hasta que hemos i de mérito nos re esta tarea o muramos del deber.

No puede ser de El obrero necesita de la prensa, que levanta sus intereses seg derechos desconocidos.

Aspiráramos que esta publicacion hubiera sido visada i el nombre de ella elegido por la comision censora; pero me he visto en la precisa necesidad de darla a luz sin esos requisitos por no haberse organizado aun esa comision, que espero será de los obreros de la capital, i que con el próximo número sea principio a su cometido.

El Editor.

**EL PRECURSOR**

SANTIAGO, FEBRERO 26 DE 1882

**NUESTRO PROPOSITO**

Decir que una publicacion del género de la que hoy damos a luz es necesaria entre nosotros, seria repen-



Soc. Teutonia de Marxistas Alemanes

**ASALTO AL CLUB DEMOCRATICO**

ALLANAMIENTO DE UNA CASA PARTICULAR

**HERIDOS I CONTUSOS**

CATORCE DEMOCRATAS ARRASTRADOS A LA CÁRCEL

**SE SABLEA COBARDEMENTE AL PUEBLO DESARMADO**

LA MAZORCA I EL TERROR PUESTOS EN EJERCICIO PARA ACORRAR AL PUEBLO

GRAN ASAMBLEA, hoy a las ocho de la noche, en el LOCAL PRIVADO, San Pablo, número 2.

Santiago, DICIEMBRE 23 DE 1880

Santiago ha presenciado ayer una escena verdaderamente salvaje.

La mano criminal de policias convertidos en mazorca de gaceros asalta a mano armada la casa particular en que celebra sus asambleas el Partido Democrático; allana todo el recinto i conduce prisioneros a catorce ciudadanos que se ocupaban tranquilamente en la confeccion de *Las Provincias*.

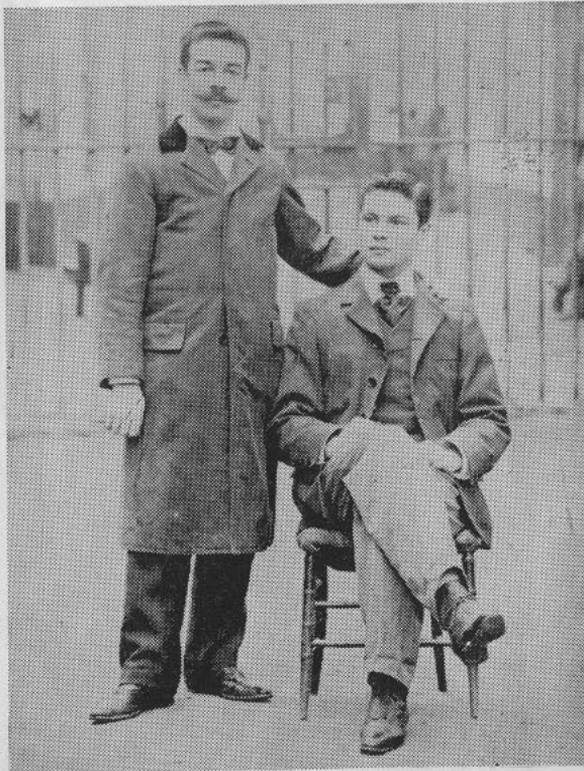
El asalto estaba preparado desde el domingo; pero, habiéndose suspendido la reunion convocada para ese dia, la policia se quedó con los sables i los gatros preparados.

Desde el sábado se tenía conocimiento de que habia órden para asaltar los clubs Conservador i Democrático, matar a los Walker Martínez i apresar a los directores del Partido Democrático, don Antonio Pompa i don Matanías Ojeda.

El gobierno queria absolutamente presurosos para declarar a Santiago en estado de sitio, i al efecto tenia preparado el decreto correspondiente.

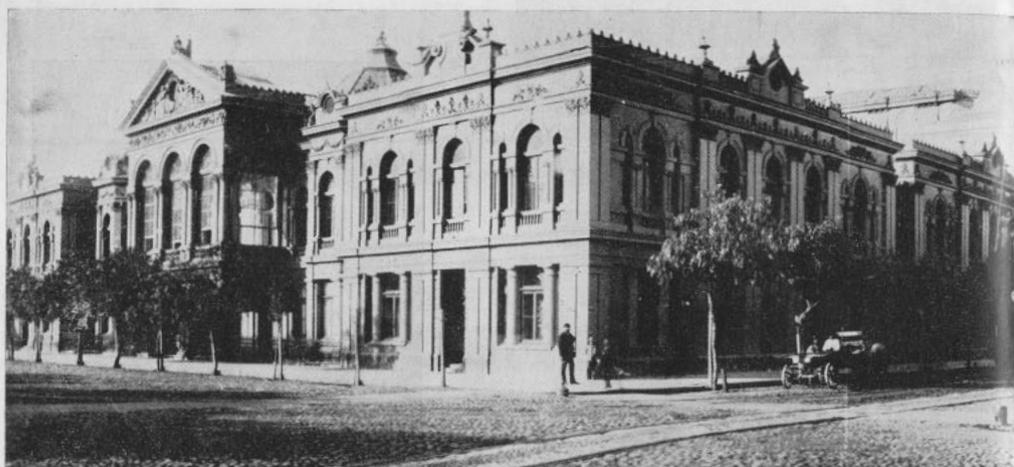
La prudencia de los directores del Partido, ahoró a la ciudad asombroso vergüenza.

Se contaba con intimidar al pue-

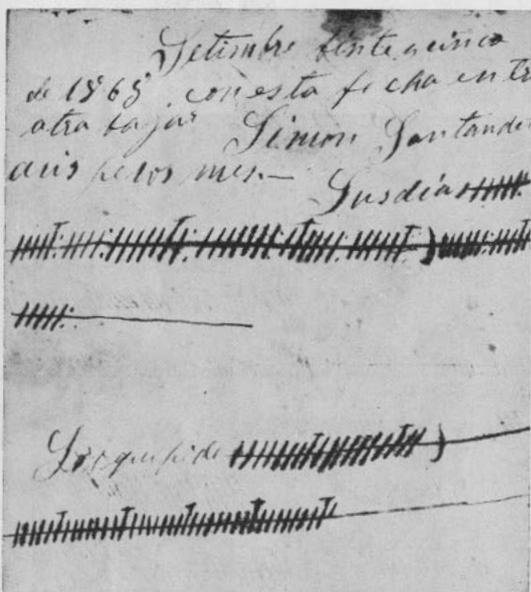


Volante Democrata, impreso y distribuido por Recabarren

De pie, Recabarren en la cárcel, 1907



Palacio Edwards de Valparaíso alrededor de 1890



Planilla de pago de una faena carbonera de Lebu en 1865. Doc. conservado por el bibliógrafo A. Pizarro.

## VOTO

para diputados por el departamento de Copiapó.

PROPIETARIOS:

Don Manuel Antonio Matta  
" Pedro León Gallo.

SUPLENTE:

Don Telésforo Espiga.

ELECTORES DE SENADORES:

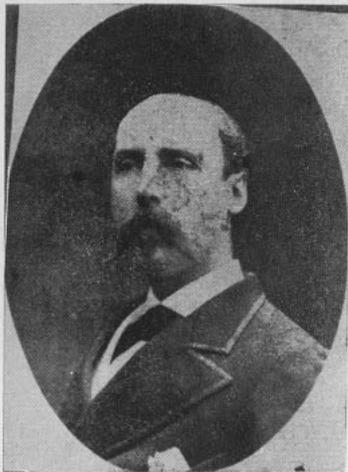
Don Tomas G. Gallo.  
" Manuel Cortez.  
" José M. Cabezon.  
" Olegario Olivares.  
" Olegario Carvallo.  
" Baltasar de Ossa.

COPIAPÓ,  
IMPRENTA DE LA UNION.

Voto en seda - década de 1860



El grabador A. N. Desmadryl



Alberto Blest Gana



El gran novelista alemán Theodor Plievier



La Ficha-Salario más artística



Interior de la Mina "Sudamérica de Caracoles". Cuadro de Julio Hermsilla.

